REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX | San José, Costa Rica **1934** Sábado 29 de Setiembre | Núm. 12

Año XVI. No. 700

SUMARIO

Dante y el rescate de la Vida

Por ARTURO CAPDEVILA

= De *La Prensa*. Buenos Aires. =

Los tiempos se suceden los unos a los otros; pero, en rigor, cada tiempo nuevo echa a andar llevado como de la mano por los tiempos que se acaban. Cada tiempo tiene, por así decirlo, padre y madre en los tiempos anteriores: padre, algún ideal más avanzado que los otros; madre, alguna doctrina de mayor plenitud. Padre y madre que desaparecen del todo sólo cuando el nuevo tiempo está listo para bastarse a sí mismo.

Pero entre el paganismo y la nueva edad; entre el paganismo y los tiempos cristianos que comenzaban, medió una catástrofe: el acabamiento del mundo romano, el crepúsculo trágico del Imperio. El mundo pudo ver entonces un anciano y un niño. Un anciano, que era un abuelo, y un niño cuyos padres habían muerto. Estaba escrito que el abuelo moriría también y que el niño se quedaría huérfano sobre la tierra, soñando cosas del cielo, harto sublimes para él, por un camino de sepulcros. El abuelo no es otro que el paganismo; el niño, el propio tiempo medieval.

Digo, pues, que el tiempo medieval se quedó huérfano en el mundo, sin padre ni madre, y totalmente solo también, extraviado entre la selva de la historia, librado a su posible instinto, sin más saber que las trascordadas cosas oídas sin cómo, ni cuándo, ni por qué...

¿Es mucho que el fatalismo, ese viento letal, ese viento vengativo que sopla del Oriente, le domine, le sobrecoja, le avasalle al hombre de la Edad Media? ¿Es mucho que se asuste y aterre con todos los sustos y terrores de la superstición? ¿Es mucho que acuda al aquelarre, por saber algo de la luna cuando nada supo del sol en el negro día tempestuoso?



Dante (Visto por *Leonardo Bistolfi*)

Recordemos, por otra parte, que en aquel punto extremo en que ya no hubo para el espíritu más modelo que el Cristo, el Yo se divorció de la Vida. Con esto, el Yo del hombre —salvo los casos excelsos de la santidad— se quedó encerrado en sí mismo como en negra huesa, fracasado, infeliz. Después, para ir saliendo de sí mismo, se entendió con las brujas y anduvo averiguando amuletos y talismanes en el mundo de la cábala. Más: el diablo se le hizo presente, y le dijo: —Falta el precio: tu alma. Y el hombre lo dió.

A todo esto, la Vida en su expresión armoniosa, completa, cabal; la Vida tal como se mostró un día a los hombres en venturosas edades, había huído de la tierra; había retornado a los cielos. Era preciso llegar al cielo y rescatarla para bien de los hombres. ¿Pero cómo? Un hombre debía haber tan valiente; un héroe debía aparecer tan puro; un libertador había de haber tan generoso, que para rescatar a la Vida fuese osado a pagar el precio terrible. ¿Qué precio? La previa vuelta por el Infierno y el Purgatorio.

Allá donde podía, allá se abría paso el Amor, preparando el acontecimiento sobrehumano. Música de trovadores, son de laúd y canto de serventesios venían anunciando la maravilla. Aunque el libertador no era llegado aún se tenía la seguridad de su advenimiento. El "dolce stil nuovo" no se propone otra cosa que la preparación de los tiempos. El Amor es personificado; el Amor es el centro de la gran alegoría espiritual; el Amor — nuevo Eros — se manifiesta corpóreo a los ojos de los poetas. Estos le ven llegar hasta ellos, dirigirles la palabra, dictarles normas. Asimismo pasa con este ser de los cielos a cuyo divino contacto se vuelve celestial toda cosa terrena.

Allá donde podía, allá se abría paso el Amor. Son tiempos ya en que Raymundo Lulio puede escribir a la señora de Castello (casado él, casada ella) estas altas palabras: "Me habéis inspirado algo extraño, sobrehumano, fatal. Respeto vuestro honor y vuestras afecciones que sé pertenecen a otro. Pero os amo. Sacrificios que hacer, milagros que cumplir, penitencias, proezas... ¡lo haré todo!"

Y ella a él: "Para responder a tal amor sobrehumano como le llamáis, necesitaría de una existencia inmortal. Mas será preciso que este amor sea heroica y plenamente sacrificado a nuestro deber durante toda la vida de los seres que nos aman y debemos amar (¡larga sea su vida!). Así este amor heroica y plenamente sacrificado podrá crear para nosotros una eternidad dichosa desde el momento mismo en que Dios y el mundo nos permitan amarnos". (En Eliphas Le-

vi: "Histoire de la Magie" - Legende et histoire de Raymond Lulle).

De las partes de Oriente soplaba también un plácido viento espiritual que traía la fragancia de una fresca doctrina amorosa. Era que los sabios cabalistas hablaban para los mejores hombres: y cosas tales, que no se borraron ya nunca de sus corazones. Decían: El hombre viene de Dios y a Dios retorna. El hombre fué emanado por la divinidad en el estado de espíritu puro: fuerza e inteligencia a la vez, positivo y negativo juntamente, masculino y femenino en un solo ser: Adan-Eva. La caída originó dos fenómenos: la materialización y la división en dos seres de sexo distinto: el hombre y la mujer en el estado terrestre. Mas el hombre terrestre debe voluntariamente y libremente recobrar su primitivo estado y con él la inmortalidad y la unidad perdidas, por la fuerza universal y todopoderosa del Amor.

Empezamos diciendo que el tiempo medieval se quedó huérfano en el mundo, sin padre ni madre, y totalmente solo, entre las ruinas de una colosal catástrofe, como otra no se vió nunca. Nos falta decir esto más: que el hombre de Roma, aquel que hablara en días de esplendor una lengua magnífica, vino a caer en el balbuceo. Ningunas otras ruinas, más trágicas que este escombro espiritual. ¡Y qué! Artes, ciencias, todo debía oscurecerse en el crepúsculo que comenzaba; ¡oscurecerse, ¡hundirse, ¡desaparecer.

Por lo demás, la tierra se devora a sí misma. Se traga, si la dejan, las estatuas y los monumentos. Ciudades enteras. Menudo es el polvo, pero inmensas sus fauces. Sólo el espíritu es capaz de librar a la tierra de su propia destrucción; el espíritu, armado principalmente del verso. Si faltan versos que alumbren la vida, no habrá azadón que remueva el suelo yerto y la tierra proseguirá su oscura obra de devorarse a sí misma.

Silencio: la cosa fué siniestra. El crepúsculo de las artes y de las ciencias tenía que acompañar la muerte del gran idioma. El latín estuvo muriendo lentamente y no eran nacidas aún las nuevas lenguas. En torno suyo, hablas bárbaras, rudos lenguajes incapaces de expresar vida artística. Nadie pregunte de las otras artes, ni de las ciencias, ni de la filosofía. He aquí la ley: Cuando la poesía no existe, las otras artes no están ni en los primeros indicios. Tampoco la filosofía. Tampoco las ciencias. Honrada sea por encima de todas las cosas del alma, la poesía: ésa es la lámpara, suyo el fiat. Artes y ciencias comparecen cuando la poesía las llama; acuden al llamamiento del verbo. Porque en esto como en todo, en el principio es el verbo: de toda necesidad y para todas las cosas.

Entretanto, allá donde podía, allá se abría paso el Amor preparando los tiempos de la nueva luz.

Pero la Vida, en su más armoniosa expresión, habíase ausentado de entre los hombres; había, por así decirlo, retornado al cielo. Solamente un héroe la podría rescatar; alguien tan grande, que se atreviese con la noche y con la selva, con el periplo tremendo del Infierno y el Purgatorio parigual.

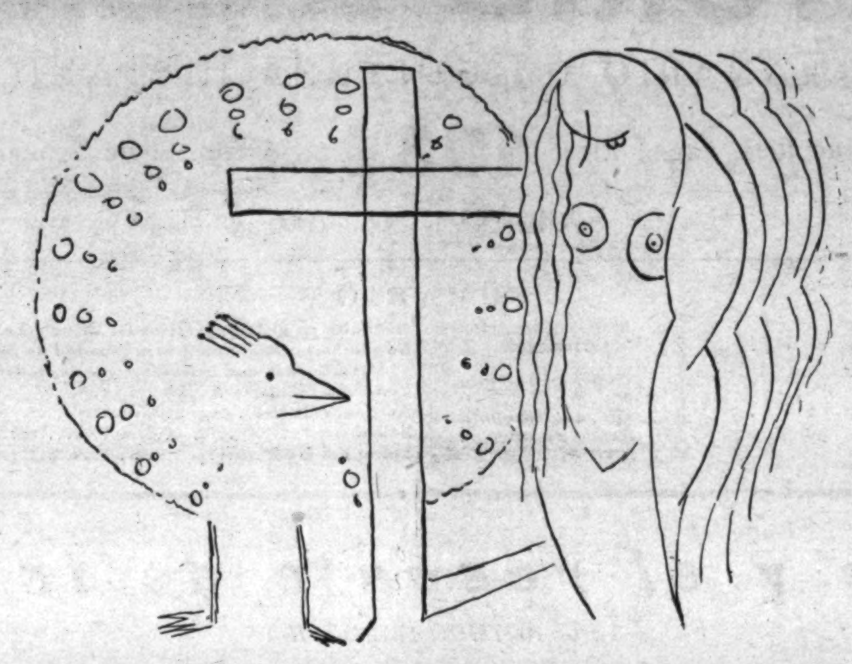
Y un día apareció el esperado. Helo ahí, pensativo, aguileño. Es el Dante. Extraviado, como todos los hombres de aquella edad, **nell mezzo del cammin**, atrévese con la maraña sin nombre; no se espanta ni de la pantera, ni del león, ni de la loba terribles. Realizará el supremo viaje. Virgilio vendrá desde el fondo de la Roma que fué, a ser su amparo y su guía. **Lasciate ogni esperanza voi ch'entrate** gritan las puertas fatídicas. No importa. ¡Guay de vosotros! —brama Caronte—: **Non isperate mai veder lo cielo....** No importa. El pasará.

El pasará, y la Vida será rescatada; la Vida que se refugió en el cielo bajo el nombre de Beatriz.

Y fueron de nuevo en el mundo las divinas nupcias del hombre con la Vida; hubo para todos **Vita Nova**, y hasta la historia se renovó en cuerpo y alma.

¿Qué pasaba?

Pasaba que cuando el Dante hubo retornado de su viaje supremo y justamente por la secreta virtud de su proeza, se empezó a levantar sobre las sagradas ruinas de Roma, sobre los sagrados campos de Italia, el alba del Renacimiento.



Mi espectro

= *Colaboración* =

Parad en firme el gesto, que hay tristes mil doncellas
que lloran sobre el drama que há siglos llevo escrito,
y vuelcan el agobio de sus mil cabelleras.
Mis gestos de chiquillo batieron sólo estrellas,
jamás dieron los soles su calor a mis eras;
¡son negros los pañales en que se oyó mi grito!

Yo he sido pasajero del fondo de los mares,
y llevo por la vida su mortecina luz,
yo digo mi plegaria a un corazón en mis altares,
y es infinita la ternura que hace las líneas de mi cruz.

En la voz de mi pecho no se oye el desengaño,
de medidas sutiles es mi palacio real,
además tengo un huerto que da flor todo el año
en el cual señorea un señor pavo real.

Max Jiménez

Costa Rica, setiembre de 1934.

A propósito de Dante

Al cumplirse, el 14 del mes en curso, los 613 años de su muerte

= Selección y envío de *Rafael Obregón Loría*. San José, Costa Rica. Setiembre de 1934. =

Dante hermano nuestro

= De la obra *Dante vivo*. =

Todos los que te ven, Dante mío, con la garnacha puesta y la faz austera, pasar entre los hombres sin dignarte lanzarles una mirada, siempre absorto en pensamientos más altos que las torres y que las nubes; todos los que te ven, saben con certidumbre que eras esquivo y desdeñoso. Que no sentías una exagerada admiración hacia tus semejantes se lee claramente en las líneas y entre líneas de tus obras en prosa y en verso.

Pero nadie me hará creer a mí, italiano, toscano, florentino, me hará creer que tú tuvieses siempre esa cara seria de abstraimiento solemne. Eso hubiera sido, digamos la verdad, una comedia. No es posible al hombre ser siempre, en todo momento del día y de la noche, lo que es verdaderamente en lo más profundo de su ser, sino solamente en algunas horas o estaciones de la vida. Nos podemos dar el aire de estar siempre embaídos y magistrales, pero eso será la apariencia; somos hipócritas y de una hipocresía de la peor calidad: la pedante.

Pero tú, Dante, a pesar de que no te faltaban defectos, no eras hipócrita ni

charlatán. No ponías aquella cara con intención, para inspirar respeto o inculcar terror en las turbas. Eras teólogo, eras filósofo, eras profeta y, sobre todas las cosas, eras poeta y tenías tus horas y tus jornadas de contención de espíritu, de recogimiento solitario y, tal vez, de estáticos arrebatos. Pero eras también un hombre, un hombre completo, con todas las concupiscencias, las fantasías, las tentaciones, las debilidades propias del hombre que no se ha liberado completamente de los fermentos de la sangre, ni del peso de la carne.

Dante fué un hombre y fué joven. Y yo, en vez de verle siempre con el rostro inclinado sobre los pergaminos, sumido en la meditación, le veo con gusto también en los momentos humanos, tal vez demasiado humanos de su vida ordinaria y familiar.

Te veo en tu primera juventud, en la Florencia que florecía y que amabas hasta el odio y hasta la muerte; te veo con tus amigos, no todos poetas, buscar en el campo los caminos más solitarios, allí donde no hay ciruelas o moras que hagan separar tu mano de los lirios o de las amapolas de los campos. Te veo bromear y reír con tus compañeros y tenderte en la hierba con ellos, no solamente para contemplar el cielo que domina con su limpidez a la ciudad de piedra, encerrada en sus murallas de piedra, sino también para charlar despreocupadamente de Monna Berta y de Ser Martino, y de la cara peluda del maestro Brunetto, y de las muchachas vistas en la misa de Santa Margherita o de Santa Reparata

Porque tú también hiciste el amor y no solamente de aquella manera platónica, cabalística, romántica que refieres en la Vita Nuova, todo suspiros, llantos, visiones, sueños, saludos y desmayos. En la Vita Nuova está el artista que rehace a su arbitrio, eligiendo y deformando, la historia auténtica de una adoración juvenil; pero, por el mismo libro, se comprende que te plació tratar con unas mujeres y cortejar a otras y ser también cortejado e invitado por alguna. Y tenías, en suma, aquella natural constitución que lleva a todo hombre joven a no contentarse únicamente con las sonrisas angélicas, con los impulsos cerebrales y las palabras rimadas, y tú mismo has confesado que la lujuria entorpeció muchas veces tu camino. Y confirman esta confesión los biógrafos más antiguos y las historietas, que no serán del todo verdaderas, pero que en parte contienen elementos probables de una tradición antigua; no hay ninguna razón seria para sostener que no fuiste vencido, en tu juventud y en tu edad madura, por las malas tentaciones.

Pero, dejando a parte esas insinuaciones que no son inverosímiles, me parece que te veo en los rincones y en las callejas de la vieja Florencia, lanzar miradas a las bellas que, poco o mucho, hicieron palpitar tu corazón de poeta joven, de filósofo novicio, de noble pobre, de partidista espectante. Al bello sol de la mañana, a la blanca claridad de la luna, te adivino acechando a una jovencita que vuelve la esquina, o mirando una ventana donde asoma un bello rostro pálido y fresco. En la iglesia, tú mismo lo has descrito, no te avergonzabas de mirar a las bellas mujeres hasta el punto de llamar la atención de los que te rodeaban. Y si el amor por la **angiola giovanissima** no fué nunca manchado por pensamientos que no fuesen angélicos, podemos estar casi seguros de que tú no miraste a las otras muchachas con aquella turbación natural, sino pecaminosamente, como es propio de todo joven que no sea frío ni santo.

Y aun terminada la juventud, durante el destierro, ¿podemos admitir como seguro que aparecías en las casas de los señores y en las plazas de la ciudad siempre con aquella cara dura de jamona mustia o de tenaz metafísico? Te imagino, sin esfuerzo, hablando de cosas vulgares con alguna bella desocupada y, tal vez, complaciéndote en los espectáculos públicos: la entrada de un condotiero afortunado, una procesión, una fiesta popular de primavera. No me darás a entender, por torvo que te me aparezcas en los retratos antiguos y más notables, que no contestases jamás a las bromas con bromas y que no estuvieses, al menos algunas veces, de tú a tú entre los bufones. ¿Y no te ocurrió nunca pararte a escuchar a un cantador ambulante que se desgañitaba entonando una trivial canción, o formar parte del círculo reunido en torno de un prestidigitador nómada? Y aquel día que bebiste un vaso de más vino y bromeabas con la mesonera y con los arrieros? ¿Y aquel otro día de fines de setiembre que entraste sediento en una viña romana y te saciaste con los racimos de topacios robados con la misma mano que escribió la Divina Comedia?

No quiero decir que te encanallases como un Folgore o un Cecco. Nada de eso. Conservaste siempre tu dignidad. Te atenías a la decencia, y el amor propio y la alta estima de ti mismo te servían de freno. Pero, sin embargo, a ciertas horas, eras un hombre, tenías hambre y sed, sentías deseos de besos y de sonrisas, y podías bromear o al menos estar presente a las bromas.

Tu vida desgraciada te llevó a tener necesidad de los poderosos y no siempre se puede mostrar a los poderosos una cara seria o absorta. La expresión de la cara del que piensa fastidia a los encumbrados y la consideran como una ofensa. Habrás tenido que decir palabras inútiles y frívolas y sonreír, o hacer ver que sonreías.

Y después de las jornadas de meditación, de estudio, de lecturas, de trabajo poético, te nacería el deseo de ver un poco de cielo y de verdor, de descansar bajo un árbol, de escuchar el canto de una aldeana, de coger una rosa en capullo, de sentarte en la ribera de un río, de seguir con los ojos el vagar y el deshacerse de las nubes, comer un fruto maduro, alegrar el corazón con un vaso de vino, acariciar la mórbida cabeza de un hijo.

De estos momentos de la vida, que son los menos conocidos, pero que tal vez fueron para ti los más dulces, queda algún rastro en tus obras, pero ninguno en los libros que hablan de ti. Permite a un poeta, por una vez, volver a ver en ti no solamente al genio monumental, al mártir de las propias y de las ajenas pasiones, al creador de tres mundos superpuestos, al juzgador de la especie humana, al enamorado de Dios, sino también al alegre mortal, al hijo del sol y de la tierra, al hombre humanamente humano.

Giovanni Papini

La astronomía del Dante

= De *La Nación*. Buenos Aires. =

Una amable pregunta de mi amigo, el notable erudito en achaques dantescos señor Roque Otamendi, colaborador de "La Nación", me induce a escribir este artículo.

El aspecto espiritual e intelectual de los grandes hombres, mirado a través del tiempo, experimentan también sus cambios de forma, de coloración y de brillo, igual que los astros, según se les observe cerca del horizonte, en el cenit o con atmósfera alterada, y según también el instrumento que se aplique para su estudio, en nuestro caso, la atención.

El gran astro que con su hermosa luz un tanto lúgubre anunciara el fin de la larga noche medioeválica, emergiendo solitario del horizonte oscuro, el Dante, dió motivo con su poema a grandes discusiones; y ahora vuelve a darlo—no

siendo la primera vez—respecto al valor de sus conocimientos astronómicos, aplicados en su obra inmortal. Muchos son los astrónomos y eruditos que, en distintas épocas, terciaron en el clásico debate, un tanto inútil, me parece, pues en nada se amenguaría su poderoso genio si se demostrara, por ejemplo, que no supo calcular un eclipse de Sol, o la ocultación de una estrella por la Luna. Hay muchos hombres capaces de ejecutar estos cálculos interesantes y bonitos, pero absolutamente negados para toda emoción estética y superior. Bástenos—y demasiada gracia tiene—que el Dante aplique con conciencia plena y exactitud suficientísima sus conocimientos astronómicos, extremadamente raros en aquellos tiempos. Después, hay diversas maneras de saber. Pero el Dante sabía, en realidad, lo que decía.

Los astrónomos Angelliti, del Observatorio de Palermo y Emanuelli, del Observatorio del Vaticano, afirman que el Dante conocía toda la Astronomía de su tiempo. En cambio, algunos astrónomos y grandes eruditos, como el abate Caverni, Pierre Duhem y otros, no creen en la Astronomía del Dante. En cuanto al juicio adverso de Caverni, conviene recordar una inconsecuencia, pues en su "Historia del método experimental en Italia", primer volumen, elogia con gran entusiasmo los conocimientos astronómicos del Dante. El eminente erudito Pierre Duhem, en su enorme obra "Historia de las doctrinas cosmológicas de Platón a Copérnico", no da ningún valor a la Astronomía del Dante. Y justamente por esto mismo es que valdría la pena darnos cuenta nosotros del asunto. Por ejemplo, uno de los grandes delitos astronómicos del poeta, sería, según sus críticos, que en el canto primero del Purgatorio dedica un bellísimo terceto al planeta Venus, que contempla hacia el Este, en plena aurora, cuando, en realidad—se dice—Venus, en ese momento, era estrella de la tarde:

Lo bel planeta che ad amar conforta,
Faceva tutto rider l'oriente,
Velando i Pesci ch'erano in sua escorta.

Otra falta gravísima del poeta sería afirmar que, al "internarse en la selva" donde se extravió, brillaba esa noche la luna plena. Pero veamos un momento. Los eruditos y científicos comentadores han discutido largamente si fué el año 1300 ó 1301 cuando el Dante efectuó su viaje fantástico. Si fué en 1300, los astrónomos están conformes en el error del Dante, respecto a Venus. Diré que hace muy poco los astrónomos Boffita y Melzi d'Eril manifestaron haber descubierto las tablas astronómicas que usara el Dante para la determinación de las posiciones planetarias, y en las que se comprueba no sé qué error de copia respecto a ese lapsus. Si por el contrario, fué en 1301, todo estaría de acuerdo con la verdad científica. Ahora bien: cuando en una discusión puede uno mismo cerciorarse del grado de verdad que asiste a los controversistas, es bueno y a la vez satisfactorio llevar la investigación por cuenta propia. De acuerdo con esta manera de ver, he aplicado entonces los procedimientos suficientemente exactos al simpático y desinteresado problema. Pero recordemos de nuevo las críticas formuladas al Dante. Primero: que al entrar y extraviarse en la selva oscura, durante la noche del Viernes Santo no había tal Luna plena, como afirma el poeta. Segundo: que al salir del infierno, 24 horas después, en compañía de Virgilio, y dirigir sus miradas al Oriente, en plena aurora, no pudieron nunca contemplar a Venus, porque en esos momentos era el lucero vespertino de la melancólica hora del Angelus.

Muy bien; si la crítica se refiere al año 1300, la verdad es la siguiente: en dicho año el domingo de Pascua cayó el 10 de abril; por lo tanto, el Viernes Santo correspondió al 8, momento en que el poeta inicia su espeluznante viaje, internándose en la selva oscura, donde se extravió "por no seguir el camino recto", cosa que a nosotros no nos incumbe. Del 6 al 8 de abril la Luna brilló plena en el cielo azul del Dante. Por lo tanto, el primer cargo implica una injusticia y a la vez ignorancia. Ahora, en cuanto a la visibilidad de Venus al despuntar la aurora, el caso es más delicado. Ciertamente que los dos grandes poetas no hubieran podido gozar entonces de la contemplación del hermoso planeta, pues en esos momentos se encontraba en las inmediaciones de su conjunción superior con el Sol, esto es, hacia arriba del Sol, a más o menos diez o doce grados que quiere decir que Venus se ponía unos cuarenta minutos después del Sol. Su situación correspondía casi a la mayor distancia a la Tierra, subtendiendo su diámetro aparente mínimo; así es que su visibilidad no fué tan fácil ni interesante, pues su blanca luz, cual la de una perla, se desvanecía por entero en el amplio abanico rosa del Sol poniente—figura que alguna vez usé.—Por lo tanto, si el Dante y su ilustre guía y mentor no pudieron contemplar a Venus hacia el Este como lucero del alba, en cambio a ningún habitante del globo le fué muy fácil verlo hacia el Oeste, como estrella de la tarde, ni mucho menos gozar de su esplendor, como lo insinúan los críticos, pues en esos momentos al bello planeta le tocaba desempeñar el desairado papel de neutral, no siendo ni "Lucifer" ni "Vesper", sino más bien un simple Frégoli en cuarto intermedio. Podría entonces decirse a los críticos: "Perfectamente: si el Dante ni Virgilio pudieron contemplar a Venus aquella vez, difícilmente pudo verlo nadie, como estrella de la tarde... Así que "muera Sansón con todos sus filisteos!"

Ahora, si el viaje dantesco se efectuó en 1301, tendríamos el siguiente resultado: Domingo de Pascua, el 2 de abril; Viernes Santo, el 31 de marzo. Para el 27 de marzo, que fué Lunes Santo, correspondió Luna plena. Luego, al internarse en la selva oscura el viernes, todavía era válida la Luna plena. El planeta Venus, de acuerdo con la descripción del Dante, se encontraba al oriente en esos momentos, anticipándose más o menos dos horas a la salida del Sol. Su diámetro aparente era de veinte segundos de arco y su brillo equivalía al de treinta y ocho estrellas de primera magnitud. Está, pues, de perfecto acuerdo la descripción dantesca para el año 1301.

Siempre desde el punto de vista astronómico, se ha hecho notar que el Dante nunca se ocupó de los cometas. Tan sólo en el canto del Paraíso alude a estos astros "Flamando forte a guisa di cometa". Sin embargo el gran hombre debió ver, en 1301, el cometa que tres siglos después se llamó de Halley, y que no ha mucho—1910—nosotros contemplamos. A tal reproche se ha contestado que si el Dante no se ocupó de los cometas, fué porque él seguía las doctrinas astronómicas de Aristóteles, y éstas no consideraban a los cometas como cuerpos celestes, sino algo así como exhalaciones terrestres, que elevándose a las regiones altas de la atmósfera, se incendiaban por la acción del Sol. Sin embargo, el poeta habla de las estrellas fugaces, de idéntica explicación aristotélica que los cometas.

La Vía Láctea, según la escuela aristotélica, era también una exhalación de la atmósfera. El Dante, sin embargo, no aceptó esa manera de ver, considerándola como una inmensa conglomeración de estrellas, lo que después de muchos siglos el telescopio ha demostrado. El profesor nombrado, Emanuelli, se muestra maravillado de esta intuición adivinatoria del poeta. Respetando la simpática admiración del profesor, me permitiría recordar que, muchos siglos antes del Dante, ya la escuela pitagórica, miraba así a la Vía Láctea. Demó-

crito, filósofo griego de aquella época, afirmaba "que la blancura fosforescente de la Vía Láctea se debía a la mezcla confusa de la luz de millares de estrellas". Ahora bien, sabemos que el Dante conocía a fondo las doctrinas pitagóricas. Se ha observado que tan sólo dos veces, y muy ligeramente, el Dante alude a los eclipses. Tal indiferencia podría explicarse si recordamos que durante toda la vida del gran hombre no se produjo, para Italia, ningún eclipse total de Sol, sino algunos parciales. La grandiosidad de un eclipse total del Sol, estoy seguro, hubiera conmovido hondamente al poeta, por encontrarse al justo diapasón con su espíritu sombrío.

Se ha dicho también en su obsequio, y con admiración, que él vislumbró claramente la gravitación universal, cuando en su bello terceto refiriéndose a Florencia, su pueblo querido, alude al fenómeno de la marea:

E come el volger del ciel della Luna,
Cuopre e discuopre i litti senza posa,
Così fa di Florenza la fortuna.

Me parece y siento decirlo, que se trata de otra exageración amable. En tiempos del Dante, y antes también, ya se relacionaban las posiciones de la Luna con el fenómeno de las mareas, aunque no se lo explicaban. Tampoco el Dante lo explica en su terceto. Alude simplemente a él. Recién tres siglos después, Newton lo explica y lo calcula. Más tarde Laplace lleva su cálculo a la perfección; y en nuestros días el astrónomo Darwin, hijo del célebre naturalista, lo generaliza en su teoría cosmogónica.

Es bien conocida la célebre alusión dantesca a la Cruz del Sur, que tanto dió que pensar a sus comentadores...

Io me volsi a man destra e posi mente
all, altro polo, e vidi quattro estella
non viste mai four ch'alla prima gente.

Però lo que todavía está por resolver se es si esas "cuatro estrellas no vistas más que por los primeros hombres" fueron las cuatro que dibujan la Cruz. Porque, dicho sea entre nosotros, es mucho más la fama de la Cruz que lo que en sí vale. Por lo pronto, el Dante no habla de ninguna Cruz, lo que es de extrañar, dado su gran fervor cristiano. Quizá fuese entonces más verosímil suponer que esas cuatro estrellas fueron las dos mayores de la Cruz, alfa y beta, y alfa y beta del Centauro, situadas muy cerca, y que pertenecían antiguamente a la misma constelación; pues, en realidad, esas cuatro estrellas merecen el elogio de un poeta. Aunque el elogio del Dante fué simplemente "por poder" y no de visu.

La explicación del fenómeno de la lluvia, formulada por el Dante en un bello terceto, hoy no podría ser corregida por la ciencia moderna ni en una coma.

Ben sai come nell'aere si raccoglie,
Quell'umido vapor che in acqua riede,
Tosto che sale dove il freddo il coglie.

"Bien sabes tú cómo en el aire se condensa ese húmedo vapor que en agua se convierte, desde que llega a regiones donde lo toma el frío".

Si se quiere una definición más clara... echarle más agua!

En fin, podría asegurarse que el Dante no sólo dominó toda la Astronomía de su tiempo—la que, en verdad no era muy amplia—sino la física, y, en gran parte, la zoología y la botánica. Fué también un notable dibujante y un apasionado de la música y de las flores.

"Fué grande, dice Pascal, por la imaginación y por el sentimiento; por la poesía y por la ciencia; por el pensamiento y por la acción. Fué un magnífico ejemplar de la naturaleza humana".

Martín Gil

La corona y la mitra

= De la obra *Dante vivo.* =

El Dante podría ser definido: El hombre que quiso y no pudo ser coronado. ¿Con qué corona? De sus explícitas confesiones se deduce que codiciaba la de los poetas y que no deseaba recibirla en ningún otro lugar del mundo más que en Florencia. Petrarca, muchos años después de él, se contentará con el Campidoglio; el Alighieri no veía, para semejante coronación, más que el bello San Giovanni.

Pero, en realidad, Dante parece aspirar a muchas otras coronas. Quien lea sus obras con un espíritu semejante al que las inspiró, sin detenerse mucho en las minucias literales, se dará cuenta de que Dante habla como si viniese en nombre de una autoridad que rebasa los principados terrestres, laicos y sagrados. Puede parecer, tal vez, un profeta desarmado y un rey sin reino, pero toda su actitud, en los días graves de su viaje en busca de Dios, es semejante a la de un soberano inspirado por las alturas que se considera por encima de los reyes y de los pontífices. Tiene el aire de ser un pretendiente de incógnito, un señor del mundo no reconocido todavía pero no por eso menos legítimo. Su ideal secreto parece querer ser el brazo derecho y el consejero de los Emperadores de la tierra, el heraldo y el representante del Dios del cielo. En una palabra: Viceemperador, Vicediós. El emperador no existe o, cuando se presenta, duda y se equivoca. Los papas, vicarios oficiales de Dios, son traidores al Evangelio y a la Iglesia. Dante es, en la realidad temporal, un pobre desterrado errante, sin títulos, sin feudos, investiduras ni riquezas, sin armas ni coronas. Sin embargo, se permite reprender al emperador, llamar a reunión a las naciones, maldecir y amenazar a las ciudades, reprender y condenar a los Papas, amonestar y guiar a los Cardenales, hablar en nombre de Italia y del pueblo cristiano.

Sus epístolas y los tercetos de la **Commedia** son tan explícitos que no hay necesidad de capciosas deducciones para probar la verdad de esta misión suprema asumida por el Alighieri o, si queréis, de esa ingenua usurpación de los poderes imperiales y papales. ¿Cuándo se permitió jamás un ciudadano particular dirigir llamamientos tan solemnes e imperativos como los contenidos en la epístola a los reyes, a los príncipes y a los pueblos de Italia? Se concebiría que hubiese sido escrita por el mismo emperador o por su canciller, pero que un prófugo de escasa monta, sin cargo alguno ni dignidad, redacte semejante manifiesto para llamar al deber y a la obediencia a los soberanos legítimos y a las ciudades de toda Italia constituiría, si lo reflexionamos, un espectáculo increíble, si no fuese verdadero. Lo mismo puede decirse de la ardiente e imperiosa epístola a los florentinos y de aquella en la que enseña a los cardenales lo que deben pensar y hacer para que la Iglesia y Roma no caigan en la ruina. Es verdad que él se excusa de tanto atrevimiento y reconoce que su voz procede de bajo lugar, pero el hecho desmiente la confesada humildad: él solo, pequeña oveja de Cristo, se atreve a apostrofar con abiertas reprimendas al máximo consejo de la Cristiandad. También le epístola a Arrigo VII es, en la forma, de una gran reverencia fidelísima, pero en el fondo es un abierto reproche y un severo llamamiento. El jugo es éste: ¿Qué haces aquí, perdiendo el tiempo, ciego que no te das cuenta de en dónde está la verdadera cabeza de la Hidra; deja las vanas empresas lombardas y ven a destruir a Florencia!

¿Con qué derecho, en virtud de qué

privilegio, Dante se coloca, casi como el juez delegado de Dios, por encima de los dominadores del mundo? En primer lugar porque es poeta. Declara abiertamente, en el **De Vulgari Eloquentia,** que los familiares de la ilustre lengua vulgar superan por la fama a la turba de los poderosos. "Nonne domestici, sui reges, marchiones, comites, et magnates quoslibet fama vincunt?" Y como él da a entender que es uno de los primeros entre estos familiares, se saca como consecuencia que a él le corresponde una gloria superior en mucho a la de los reyes.

Pero no se trata solamente de fama. En un párrafo del **De Monarchia** recuerda las palabras de Aristóteles: el que tiene más inteligencia que los demás debe ser el señor. Y como repetidas veces, velada o abiertamente, afirma la superioridad de su inteligencia y de su saber, no hay que extrañar que creyese tener completo derecho a ejercer la señoría — espiritual principalmente, en espera de la temporal—sobre los demás hombres. Sentía, por eso, la legitimidad de su alta misión: imponer a las dos mayores potestades de la tierra, el Papa y el Emperador, el cumplimiento de sus deberes. Y, en el caso en que no los cumpliesen, substituirse a ellos.

Dante se ofreció para iluminar a los pueblos ciegos y extraviados y en modo especial a Italia. Y, como peregrino de tres reinos, creyó representar y figurar en sí mismo todo el género humano. Dante: sinónimo de la humanidad.

Se creyó designado para esta peregrinación (en la cual todos los hombres están representados por él) por una intervención de la misma Madre de Dios, que le permitirá contemplar, todavía vivo, el misterio de la Trinidad. Se propuso, en cierto modo, escribir un nuevo Evangelio destinado a perfeccionar la redención de los hombres. Y por eso se atrevió a hacerse anunciador de una nueva manifestación de la Divinidad salvadora, de aquel Veltro que es, en su pensamiento, el Espíritu Santo. No es únicamente el discípulo de Virgilio, sino el sucesor de los dos Juanes santos: del Precursor y del Profeta. Y finalmente, con la visión beatífica que cierra el **Paradiso,** se iguala con los más grandes santos.

¿Qué hay de extraño que desde esas alturas se repute superior a todos los Papas de su tiempo? Como juez de los muertos, Dante se substituye al Papa en el poder, asignado a Pedro, de atar y desatar. El juicio definitivo sobre los justos y los pecadores corresponde a Dios; el poeta lo anticipa y lo previene. A la par de Dios se atreve a pedir cuentas a sus vicarios en la tierra y a suplir sus injusticias con su superior justicia. Poco a poco, de juez de los papas se eleva a la sede del vicario del propio Dios — como si fuese su confidente, el ejecutor de sus sentencias. El pobre condenado a muerte se pone por encima de los tronos vacantes u ocupados indebidamente y reune en sí el velado fulgor de los dos soles.

Raramente un hombre mortal se ha atrevido a pretender tales coronas y a hablar de tal manera que haga pensar que ya creía llevarlas puestas sobre la cabeza. El moderno superhombre no es, a su lado, más que un titán de falso bronce para pisapapeles.

Y cuando el Alighieri se hace investir solemnemente por Virgilio con la plenitud del libre albedrío, en el verso famoso:

per ch'io te sovra te corono e mitrio

su mente se eleva hasta las dos enseñas de máxima potencia, hacia las que se dirigían sus más secretos deseos: la corona del Emperador y la tiara del Papa.

Giovanni Papini

Dante y la cosmogonía moderna

= De *El Libro y el Pueblo*. México, D. F. =

En los últimos tres o cuatro lustros, el radio del mundo sideral explorado y medido se ha multiplicado varios cientos de miles de veces. Hasta principios del presente siglo la mayor distancia medida por el método trigonométrico (único conocido hasta entonces), era de unos trescientos años-luz (un año-luz es la distancia que la luz recorre en un año y es aproximadamente igual a diez billones de kilómetros). Hoy la máxima distancia medida es de 105 millones de años-luz, o sea más de trescientas mil veces mayor que las que era posible medir por los métodos de hace veinte años. Es difícil darse cuenta de lo que significa esta tremenda y súbita expansión del mundo accesible a la exploración humana; si el radio se ha multiplicado trescientas mil veces, es fácil calcular que el volumen del cosmos conocido hoy, es 27 mil billones de veces más grande que en 1910; y, pensar que todo este colosal cambio se ha efectuado, como quien dice, a la vista de nuestra propia generación!

El impulso, como puede suponerse, ha venido del lado de la astrofísica; es ella la que aplicando los descubrimientos de la prodigiosa física nueva, ha rejuvenecido a la más venerable de las ciencias, a la astronomía, que era ya vieja en los tiempos de Sargón de Acadia, 3.800 años A. de C., y la que ha proporcionado métodos de investigación de tan inaudito poder y alcance. Y es justo consignar también, de pasada, que una gran parte de este magnífico progreso se debe a la perspicacia genial de una sola persona, una muchacha empleada en el observatorio de Harvard y que murió tempranamente. Miss Leavitt ideó un método capaz de medir distancias hasta de cuatro y medio millones de años-luz, multiplicando así de un solo golpe en millares de veces el poder de exploración de la ciencia astronómica. Gracias a éste y otros grandes avances sabemos ahora que nuestro sistema estelar, el conglomerado de la Galaxia, único de que teníamos noticia en los albores de este siglo, no es más que uno de tantos sistemas en todo semejantes a él, en forma, dimensiones y número de estrellas que los integran. Cada uno de estos universos-islas, como ahora se les llama, se compone de varios miles de millones de estrellas, la mayoría de ellas del mismo tamaño y luminosidad, aproximadamente, que nuestro Sol; aunque las hay también que son muchos miles de veces más luminosas (hay una, la S. Doradus, que da trescientas mil veces más luz). La forma de cada uno de esos sistemas es el de una gran espiral aplastada, con dos brazos que se enroscan en torno del núcleo central.

Nuestra Galaxia en nada difiere de todos esos otros universos-islas, de los cuales se alcanza a fotografiar unos dos millones con el telescopio gigante del Monte Wilson, si no es en que es un poco más grande que sus dos más próximas vecinas, las nebulosas espirales del Triángulo y de Ondrómeda, que distan de nosotros 840 mil y 900 mil años-luz, respectivamente. Es una espiral como ellas, compuesta de unos 40 mil millones de soles cuando menos y tiene su centro en la región de las llamadas nubes de Sagitario, cerca de la estrella múltiple Rho Ophiuci; nuestro Sol se encuentra como a la mitad de la distancia entre el centro y la periferia y completa su revolución en torno de ese centro en unos 250 millones de años. El que quiera poner a prueba su poder imaginativo, que trate de representarse lo que es una distancia como la de las dos espirales antes mencionadas: la luz que ahora nos llega de ellas partió de allá hace 900 mil años, es decir, mucho antes de que hubiera hombres en la Tierra y desde entonces ha venido caminando con una velocidad igual a la de las ondas del radio, o sea suficiente para dar vuelta a la Tierra siete veces y media en un segundo. Y esas dos nebulosas son nuestras más inmediatas vecinas!

Sin embargo, la gran trascendencia de las recientes investigaciones y descubrimientos, no estriba tanto en el ensanchamiento fabuloso de nuestra pers-

pectiva cósmica, cuanto en la comprobación de que el Universo no es infinito. La idea tradicional sostenida por todos los sabios y profesada tácitamente por todas las personas cultas de los siglos pasado y antepasado, de que sería posible volar eternamente en línea recta a través del espacio sin volver jamás a recorrer lo ya andado, carecía de base. Dependía de una preconcepción que se había deslizado entre nuestros conceptos geométricos, como quien dice, de contrabando y por la puerta falsa, por falta de suficiente vigilancia crítica. La línea recta no existe; y lo que es peor, no **puede** existir. Es una ficción, una entidad conceptual que no corresponde con ninguna realidad física. En lo físico el rayo de luz es el arquetipo de la línea recta; y sin embargo, hoy sabemos que un rayo luminoso, dado el suficiente tiempo, regresa al punto de partida. (Regresa después de haber recorrido todo lo que **hay** de espacio; y el tiempo requerido para que regrese es unos diez mil millones de años; pero lo esencial es que regresa).

El espacio es, pues, finito; aunque ilimitado, ya que en ningún lugar se puede decir que acaba. (Como es finita, pero ilimitada, la superficie de una esfera, o la línea que forma el número 8). Su volumen es estrictamente finito, tanto que se puede ya decir el número de kilómetros cúbicos que abarca, y que es un 1 seguido de 67 ceros. Los argumentos que conducen a esta conclusión son demasiado técnicos e inapropiados para un artículo de esta índole; y la idea misma del espacio como finito y reentrante en sí mismo, es inimaginable, porque hace violencia a todos nuestros inveterados hábitos mentales. Pero hay muchas cosas imposibles de imaginar que son, sin embargo, ciertas.

A lo que nos asomamos cuando contemplamos al Universo sideral no es al Infinito, sino a un mundo de **determinadas** dimensiones, un mundo del que hemos ya logrado explorar una considerable parte y que exploraremos totalmente algún día, quizá antes que transcurran tres generaciones. Es curioso e instructivo observar cómo estas nuevas doctrinas acerca de la estructura del Universo se asemejan a la concepción dantesca. En la cosmogonía de la Divina Comedia, los radios que emanan del centro de la Tierra (la sede de Satán), convergen hacia el polo opuesto (la fuente de la divina fuerza), tal como en una esfera los meridianos que arrancan de un polo se reunen en el otro. Si en vez de "centro de la Tierra" ponemos "cualquier punto del espacio", y salvas las diferencias de fraseología, esta misma idea es la que se halla en la base de las concepciones de Einstein, De Sitter, el P. Lemaitre, Friedmann, etc. El doctor Hermann Weyl de la Universidad de Gottingen, el ilustre creador de la teoría del campo unitario en Física, dice a este propósito: "En el moderno lenguaje matemático diríamos que Dante propone una doctrina que en nuestros días ha sido resucitada por Einstein, aunque por razones muy diferentes; a saber, la doctrina de que el espacio tridimensional es cerrado, a la manera de una superficie esférica de dos dimensiones, pero del polo de la divina fuerza irradia un campo medido de tal naturaleza que las medidas especiales nos conducen a la concepción aristotélica o euclídica del espacio" (que es la manera como lo concebimos habitualmente).

Y el concepto de la finitud del espacio se aplica igualmente al tiempo. El tiempo, de acuerdo con las más recientes doctrinas cosmológicas, no es una duración eterna, sin principio ni fin, sino que empezó en cierto instante y terminará alguna vez. En este punto hemos retornado a la idea platónica de que el tiempo fué creado en el mismo instante que la materia, para que ambos puedan ser disueltos en un mismo instante también y de que el Creador de todo ello trabaja fuera del tiempo y del espacio, como el pintor está fuera de su cuadro. "Non in tempore, sed cumtempore, finxit Deus mundum". Estas ideas, que habrían sido herejías científicas en el siglo pasado, son hoy a la vez la base y el coronamiento de todas las teorías físicas y cosmológicas. Sir James Jeans, comentando este punto, dice: "Y sabemos tan poco de la naturaleza del tiempo, que quizá pudiéramos identificar su duración total con el solo acto creador". Es decir, que los diez mil millones de años que el Universo lleva de existir, y los que aun haya de durar, bien podrían representar un solo acto de la voluntad divina.

Pero si el mundo físico es finito y cerrado, todo, en cambio, en la investigación de sus aspectos fundamentales, nos compele a postular la existencia de un más allá, de una realidad extrasensorial y extrafísica. Para citar de nuevo a una de las más altas autoridades de la ciencia contemporánea, el doctor Weyl en su reciente libro titulado (precisamente por esta razón) "El Mundo **abierto"**, dice: "...que los recientes avances en las matemáticas y en la física hacen al Universo aparecer cada vez como abierto en el sentido de que todo en él apunta hacia un más allá". Y más adelante: "Así, la respuesta última yace allende las fronteras de todo conocimiento, en Dios sólo; el mundo real no es una cosa completa en sí misma, para la que se pueda postular una existencia independiente". Por supuesto que esto mismo han dicho los metafísicos y los teólogos de todos los tiempos; pero la novedad de la situación actual consiste en que se haya llegado a estas conclusiones por el solo desenvolvimiento autónomo de las ciencias físicas y matemáticas.

El Universo físico, aunque abrumadoramente vasto, es finito y cerrado, tanto en su aspecto especial como en el temporal; pero a cada nuevo esfuerzo que hacemos por desentrañarle el sentido, obtenemos por respuesta: "Plus Ultra"; cada nueva revelación de su naturaleza íntima es como una ventana que se abre al Infinito; hacia una realidad que no comparte las restricciones y limitaciones de lo físico. Ejemplos palpables de esto son los novísimos principios de Indeterminación, de Heisenberg, y de Exclusión, de Pauli; principios que desgraciadamente no puedo detenerme a exponer aquí.

Con esto adquieren una nueva y relevante significación las palabras de Chesterton: "Sólo aquellos que pueden ver a este mundo contra el fondo de otro mundo, logran en realidad tener una idea de lo que es **este** mundo". Chesterton dijo esto en el sentido metafísico y religioso, pero hoy día, en este maravilloso siglo XX, todos los investigadores serios de la Verdad se ven constreñidos a hablar en términos semejantes; los matemáticos mismos y los físicos hablan como metafísicos y con religiosa unción.

¡Lo que va de ayer a hoy! Increíble parece que hayan transcurrido apenas treinta y más años desde que expiró el siglo XIX. En tan breve lapso y sin más guía que el propio desarrollo interno del pensar científico, se ha renunciado a la huera y ociosa infinitud del espacio y el tiempo físicos, de la concepción materialista; y se ha ganado en cambio un vasto reino, potencialmente infinito, una rica y llena infinitud de orden esencialmente espiritual.

Pedro Zuloaga

La apoteosis de una mujer ejemplar

Por JUAN E. O'LEARY

= Envío del autor. Asunción, Paraguay. =

"María Enriqueta" es un nombre consagrado en las letras castellanas. No pasa año sin que nos visite un libro de esta mujer extraordinaria. En la poesía, en la novela, en el impresionismo del panorama exterior, nos ha dado y sigue dando páginas originales, impregnadas de su robusta personalidad. Es, en su sexo, figura representativa de la cultura de nuestro tiempo. Seguramente ninguna mujer puede hoy suponerse más alta que ella por la obra realizada y por los quilates de su poliédrico talento.

Lo que aquí se ignora es que "María Enriqueta" es la dulce y abnegada compañera de ese varón fuerte que se llama Carlos Pereyra.

El primer historiador contemporáneo, de nuestra lengua, el grande y fecundo publicista, el sociólogo insigne, que nos ha dado las páginas más jugosas que se hayan escrito en español sobre el pasado hispano-americano, es el esposo de la que en su hogar se llama María Enriqueta Camarilla y Roa de Pereyra.

No olvidaré nunca mi primera visita a este ejemplar matrimonio de obreros intelectuales. Amigo del maestro, desde hacía años, no sabía que completaba su personalidad tan insigne colaboradora. Vivían entonces, en Madrid, en la calle de Lista 66. Un apartamento lleno de cuadros, libros y obras de arte. Lujo espiritual, modestia y simplicidad en al decorado material. Retratos, paisajes y recuerdos de la patria ausente. Pruebas de imprenta, papeles escritos y a medio escribir, carpetas cargadas de documentos, papeletas con notas... Y el ambiente saturado de olor a obras antiguas. Salió a mi encuentro y me estrechó entre sus brazos el ilustre mexicano. Alto, delgado, sonriente, sonrosada la blanca tez, chispeantes los ojos. Ceremonioso, con los ademanes de un gran señor, pero sin afectación, en una naturalidad encantadora. Suave la voz, simpático el gesto, todo llaneza y afectuosidad. Nuestra primera charla fué como la reanudación de nuestra antigua conversación epistolar. "Como decíamos ayer"... Era como si aquella primera entrevista fuera la última de una larga amistad personal. Sin preámbulos entramos en materia y departimos fraternalmente. La verdad es que el noble amigo me había abierto, hacía rato, su corazón. Desde lejos habíamos llegado a la más estrecha intimidad. Nada me había ocultado de su vida. Sabía de sus penas y sinsabores. Conocía su vasta obra, su carrera política y diplomática, sus triunfos y sus decepciones. Y, sabía, en fin, sus luchas y sacrificios para mantener en alto su decoro y dignidad cuando, ya alejado de la vida pública, hubo de vivir en España de su labor intelectual, al servicio de editores sin entrañas. Lo que no sabía, repito, y lo supe en aquella entrevista inicial, era que el luchador no estaba solo, que compartía con él las penurias del exilio y la dura faena cotidiana una mujer digna de sus méritos, una compañera ideal, que oreaba su frente sudorosa con el encanto de exquisita feminidad, iluminando su taller madrileño con las claridades de su genio poético. Y fué entonces cuando conocí a "María Enriqueta". Para ella no era un extraño. Me conocía muy bien a través de mis cartas a su esposo. Había leído mis libros y mi presencia espiritual no le era extraña en su casa. Para mí, sí, fué una revelación su aparición. La admirada escritora se hizo carne ante mis ojos. Y unió a las virtudes que celebraba en ella la de ser la "señora" de aquel libre forjador del pensamiento.



«María Enriqueta»

Era en 1925. "María Enriqueta", sin ostentar las galas de la juventud, conservaba todavía todos sus atractivos. De mediana estatura, puro el perfil de su rostro, abierta y franca la fisonomía, grande y profundos los ojos, acariciadoras sus palabras, finas las blancas manos, todo distinción en sus modales, seductora en todos sus rasgos de mujer exquisita, hubo de impresionarme profundamente. Departimos largamente, como viejos camaradas. Sin afectación, casi con humildad, me hizo sentir su extensa cultura. Todo feminidad, era, no obstante, varonil por la energía de su cerebro y por la certeza de sus juicios. Nada de las puerilidades de su sexo. Su voz aterciopelada parecía robustecerse al ir a expresar sus ideas. Firmeza y rotundidad en sus conceptos. Y seriedad en todo cuanto decía. Quedamos amigos. Y fué para mí como la prolongación del hombre que amaba y admiraba.

Hay que decir que "María Enriqueta", poetisa al fin, no vivió en las nubes mientras Pereyra amasaba el costoso pan de cada día. Tal vez trabajó tanto como él, en tareas antipáticas, traduciendo, día y noche, obras de grandes escritores, para las editoriales españolas. Esta fué su más dura faena, durante años, sin dejar de dar, por esto, en volúmenes tras volúmenes, sus propias producciones. Y así, uno y otro trabajando sin descanso, se abrieron paso y, con su pluma, se labraron un discreto bienestar. El medio hostil fué vencido. Vino la consagración y, con ella, una relativa holgura. Y un buen día dejaron la calle de Lista, para ir a instalarse en casa propia, en la deliciosa Ciudad Jardín, en la poética Villa de las Acacias, en medio de los floridos jardines de Prosperidad. Allí los dejé a mi regreso, felices, en un perpetuo idilio, escribiendo y soñando, en una renovada juventud espiritual...

Diarios mexicanos me dan ahora la grata sorpresa de un reciente homenaje a la que es gloria de su patria. Coatepec, su ciudad natal, acaba de erigirle un magnífico monumento, obra del más grande escultor español de nuestros días, de Mariano Benlliure. Mármol y bronce concretan la admiración de sus compatriotas. En el Parque Hidalgo, a la vera de un estanque de agua cristalina, sobre un fondo de esmeralda de espesa arboleda, entre rosales en flor, se levanta la artística obra escultórica que pone sello de eternidad a la gloria de la que es honor el más alto de su tierra en el extranjero y orgullo de las letras americanas.

El acto de la inauguración dió lugar a una fiesta espiritual, que fué toda una apoteosis. En presencia de altos dignatarios de la Nación, descubierto el monumento al son del Himno Nacional, hicieron uso de la palabra numerosos oradores de ambos sexos, poetas y escritores los más renombrados, exaltando sus méritos. Al terminar el acto entonó la multitud allí congregada el "Himno a María Enriqueta", música del maestro Juan Loman y letra de la poetisa Francisca García Batle. Y la fiesta se prolongó por todo el día.

En el magnífico monumento se lee la siguiente dedicatoria:

A María Enriqueta Camarilla y Roa de Pereyra,
hija predilecta de Coatepec.
Insigne poetisa y novelista genial.
1934.

Hay que decir que este homenaje no es el primero ni el único que México ha rendido a la heredera del genio de Sor Juana Inés de la Cruz. Numerosas escuelas y bibliotecas públicas llevan su nombre. Y numerosas asociaciones culturales. Hace rato que es reverenciada por su patria, donde forman legión sus admiradores. Indiscutida ya, hay en torno a ella absoluta unanimidad.

(Pasa a la página 187)

"Estrellas en el Pozo", versos de Claudia Lars

Por ROMULO TOVAR

= Colaboración. San José, Costa Rica. Setiembre de 1934. =

El poeta es aquel que nos habla en nombre del mundo. El mundo posee su propia elocuencia, hecha de voces profundas o vagas. Todos estamos capacitados para escuchar esas voces, pero los predestinados por la gracia natural, son como las liras que traducen en melodías vivas las vivas voces del Universo. El poeta es un agente del Universo. Su sinceridad es tanto más cierta cuanto más esencialmente esté relacionado con las cosas. Por eso nos apresuramos a ver cómo interpreta en su personal ritmo la sugestión que las cosas suscitan en su espíritu. Y cuando su verso nos penetra o nos posee, cuando no necesitamos explicarlo porque su diafanidad nos ilumina porque el verso es o canto, o transparencia, o perfume, o forma, reconocemos lealmente que el poeta lleva en su frente el gajo inmortal de los que padecen el dolor o la felicidad de hablar en nombre de la vida y de sus intereses. Hay esa angustia como en Leopardi y esa felicidad, hecha de mieles y de sol, como en Virgilio. Esta angustia y esta felicidad juega en una combinación de luces y de sombras en estos versos gentiles de Claudia Lars. Ella misma lo dice, también sintiéndose predestinada:

Profundo espejo cuya luna rota
copia todas las faces de la vida.

Después, no es la simple lectura del pequeño y divino libro. No nos consideraríamos así iniciados. Es el cantar estos versos musicales, ricos de musicales sorpresas; pero es sólo cantar y no lectura pasajera y deleitable; no lectura de palabras articuladas, sino pensamientos o insinuaciones de pensamientos que vibran con sonoros ecos en nuestro mundo interior. Mejor dicho, es una fiesta musical de creación fantástica que el poeta provoca dentro de nosotros mismos, creación de un mundo nuevo en donde el paisaje entero es una orquestación y del cual el otro es un mundo que apenas parece la reminiscencia de ese mundo ideal. Claudia Lars se siente con destino. Surge en el reino de la poesía como la fragancia de la rosa: "Bañada estoy toda como en gracia pura". Posee la bondad por virtud de la cual las cosas se pueden acercar a ella, como los pájaros y los peces, se acercan a San Francisco para escuchar sus cánticos:

Porque el cielo es bueno hasta mi bajó.
De anhelo, de ensueño, de amor se formó.
Salió de mi cuerpo, de mi alma salió.

Y esto, con ser inmenso, porque revela la ciudadanía de nuestra alma en el reino de los infinitos firmamentos, en ella es infantil, es religiosamente infantil. Su poesía es rito y ritmo. Es ritmo: cada poema es una oración, oración a un dios apolíneo que es niño, estrella o flor. Ella lo ha buscado, ha buscado



Claudia Lars

a este dios múltiple que está en todas las cosas:

Porque supe buscar y esperando creía,
al fin mostró la vida su místico sentido
y fué cada matiz, y fué cada sonido
una nota perfecta de la eterna armonía.

Un día encontró el místico sentido de la vida. El místico sentido de la vida es vario. Puede ser la revelación de Dios mismo: "y a Dios no me lo esconde la miseria del mundo"; puede ser: "Amor del alma, Amor que a mí llegaste cuando mi juventud amanecía"; puede ser: "esencia de lo noble y de lo fino", y puede ser este hijo Roy:

Estrellita que una noche
del cielo se desprendió,
y por un dulce milagro
entre mis brazos cayó.

Y como ella había dado el verso ó mejor dicho, la canción de una esperanza eterna y luminosa, así dió al mundo del amor el hijo, llena de pasión de vivir y de ser. "Poetry is the records of the best and happiest moments of the happiest and best minds", dice Shelley. En Claudia Lars la poesía es maternidad. Es creación íntima y entrañable. Porque es eso, es pueril. Es pueril como canción de cuna y cuando quiere ser profunda, es como admiración de madre que se conmueve ante el milagro deífico del hijo:

Vida, yo te bendigo, porque mis ojos pueden
admirar, asombrados, la belleza del mundo.

Porque encuentran en todos los seres y las cosas
un sentido profundo.

Pero el hijo en brazos y en ansia de conquistar al hijo, esta ansia de que está llena la heroica vida, hacen de ella una alma dichosa de devoción de niño. El niño como una estrella ilumina su destino con una floreal plenitud de primavera. Es una fiesta litúrgica perpetua. O un jardín adornado de cantos.

A gritos mi dicha la voy a decir,
ahora que tengo para quien reir,
para quien cantar, para quien vivir.

Lo que dice es todo alegría. Alegría de sol o alegría de navidad. De todo este cantar o arrullar sale un concepto amable de la vida. Los versos aquí son la glorificación de la maternidad. De una maternidad verdadera y no retórica o de una maternidad cristiana como la que canta Gabriela Mistral. Le han nacido alas a la alegría de Claudia Lars, alas de oro o de esmeralda; su alma sedienta y curiosa, sedienta de emociones y curiosa de filosofía ha florecido con blanca flor:

Voy por el prado esmeralda,
voy con mi niño en el prado:
se abre la dalia silvestre,
se abre el jacinto rosado,
y abejas y moscardones
zumban en el emparrado.

O también:

Pasar con mi niño me ha visto la rosa,
y la rosa-reina se ha puesto envidiosa:
creyó que era flor su cara preciosa.

Así, con el alma desnuda como de cristal, dice su felicidad propicia. Pero no es orgullo, es casi sencillez y humildad. Su verso es sencillo y humilde. No es retocado. Es pristino y azul. ¿Por qué había de ser retocado? Su hijo es "carne de la carne mía y canción de mi canción". Su sentido de la vida, lo ha adquirido a fuerza de admiración y de amor, su ciencia de la vida y del tiempo, su banquete espiritual, porque ella no es indiferente al milagro del mundo, halla muchas veces expresión justa y sentida en versos fantásticos como versos árabes:

La vida se nos finge tan hermosa y tan buena...
Todo sigue el compás de una dulce armonía.
Deja que tus pies dancen y que tu boca ría
mientras el harpa mágica de primavera suena.

El poeta árabe Al Bohtari cantó también:

La fresca primavera ha regresado sonriente y florecida.
Desde su llegada, la aurora ha despertado las primeras rosas
ayer todavía dormidas.

Ella también conoce la magia de lo profundo; ella también ha sondeado la clave del Misterio; ella se siente en vínculo floreciente de Dios. Por eso tiene aquella ingenua delectación de Dios creador cuando después de hecha la luz y la yerba y el pájaro exclama el poeta del Génesis: "Y le pareció bueno". Para esta alma de niña todo es bueno y admirable:

La curva de una línea me causa maravilla.
El color de una flor me deja estupefacta.

Así, nada puede tener secretos para ella. Las cosas se le revelan decoradas de su sustancial verdad:

Cada forma nos muestra, sin miedo ni recelo
su belleza escondida.

Y como el pájaro, cuando lo invade la luz de la gracia matinal, poseída del "furor de amar" que dice Verlaine, toda ella armonía y diafanidad, se pone a cantar en embriaguez de pureza y de entusiasmo. Hay maravillas exquisitas en el libro; hay imágenes como sueños dulces y afables:

Va la noche en el llano y la sierra
deshilando vellones oscuros.

El libro es de mujer generosa y piadosa cuyas manos han tocado el cielo, han acariciado los mares y han bendecido la tierra. El libro no se termina de leer ni se comienza a leer. Cada verso es un Cosmos como cada estrella. La artista nos inicia en la mágica sorpresa de encontrar nuestra alma y de sentir que ésta es el divino océano de la luz de donde surge para nuestra visión el inmenso palacio ilusorio de la vida. La Verdad está en el eterno canto y ella ha escuchado ese eterno canto. Es la ofrenda que nos hace en el milagro de sus celestiales palabras.

Lector amigo: Hágase de un ejemplar de *Estrellas en el Pozo*. Con el Adr. del REP. AM. Precio del ejemplar: ₡ 2.00.

Estampas

No pierda nuestra América su libertad de comerciar con las naciones que mayores ventajas le den

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración =

Los profetas de la prosperidad yanqui encuentran que volviendo las exportaciones al grado elevadísimo que tuvieron en años anteriores — en 1929, por ejemplo, en que llegaron a cinco mil doscientos cuarenta y un millones de dólares,—los Estados Unidos resurgirán vigorosamente. Porque estos países fueron consumidores admirables de la mercedería yanqui y volvieron fuerte el comercio exterior de aquella nación. Las industrias crecieron y arrojaron productos por millones de dólares. Ninguna otra nación disputó con ventaja nuestros mercados a la producción del Norte.

Han llegado tiempos pésimos para el industrial yanqui enriquecido con el tráfico con estos pueblos. La competencia es grande y organizada para vencer. No puede resistirla aquella mercadería producida a precios altos. Nos venden más barato otras naciones y compramos sin vacilar para aprovecharnos. De esta manera hemos ido reduciendo las importaciones de mercadería yanqui y aumentando las de mercadería japonesa, alemana, checoeslovaca.

A esa disminución que ha puesto a temblar al Departamento de Estado se debe el clamor yanqui por tratados comerciales con nuestros países. Ya lo estamos viendo claramente. La diplomacia insinúa primero y propone después el tratado. El plan es volver a ser dueña la industria yanqui de los mercados enteros de la América nuestra. La millonada exportada en 1929 tiene que repetirse como manera de prosperar los Estados Unidos. Pero como las circunstancias han variado en contra de la mercadería cara que es sin disputa la yanqui, la lucha se empeña en planos distintos. No puede competir en mercado libre. Además, no está acostumbrado el Departamento de Estado a que le disputen sus zonas de influencia. Lo mejor es abandonar luchas que sólo traerán escándalo y riesgo. De aquí la invención de los tratados comerciales. La diplomacia yanqui instruida propone esos tratados a nuestros gobiernos. El propósito es aceptar en los Estados Unidos ciertos productos y cierta materia prima de estas naciones a cambio de que compremos con el oro que ellos nos devuelven la mercadería yanqui. Es decir, si queremos vender lo que producimos estamos obligados a comprar con ese oro lo que ellos producen. El tratado ligará a cada país, con los Estados Unidos de una manera permanente.

En los cálculos de los profetas yanquis está el resurgimiento de los Estados Unidos si logra la diplomacia atarnos por medio de esos tratados. Y es natural que resurja la industria de una plutocracia satánica atando a estos pueblos a un vasallaje colonial. La parte de lucro la tendrá esa plutocracia. Entregaremos nuestra libertad de comercio para que allá consigan prosperidad. Ya no será posible comprar a nación alguna lo que el yanqui produce para colocarlo al precio que se le antoje en nuestros mercados. Para que el producto japonés no entre será gravado con impuestos inicuos. Y así todos los productos que puedan hacer competencia a lo yanqui. La mercadería costará lo que necesita que cueste el industrial sórdido de una plutocracia sórdida e imperialista.

El empobrecimiento traído por tratados fenicios será claro. Porque es ilusorio lo de que gozarán nuestros productos de mercado seguro y bien pagado. Atándonos a exportar a los Estados Unidos lo que hemos venido exportando a Europa es reducir a un solo mercado y a una sola moneda nuestra producción. Es convertirnos en tributarios miserables. Mentira que va a ser el mercado yanqui gran consumidor de nuestro café, o de nuestras carnes, o de nuestras maderas, o de nuestros vinos. Mentira que los precios van a ser halagadores para el productor. Lo que se desea es atarnos al tratado para impedir que introduzcamos mercadería que pueda hacer ventajosamente la competencia a la mercadería yanqui. Una vez atados al tratado para vender y para comprar serán los yanquis por medio del Departamento de Estado los que impongan su voluntad y nada más. Irán nuestros productos a los Estados Unidos en la medida que allá los necesite la plutocracia que es dueña del Gobierno. Y serán pagados también a los precios que esa plutocracia fije sin atenerse jamás a normas de justicia. Para esto se ha eliminado la competencia, para esto se ha convertido en mercado único de nuestros productos a los Estados Unidos. En cambio la mercadería que el yanqui produzca para que se la compremos sí tendrá colocación aquí y la pagaremos a los precios que el mercader de allá señale. Prohibida la entrada a toda otra mercadería por medio de aforos altísimos establecidos por el tratado comercial que nos dé el Departamento de Estado, el camino desgraciado para estos pueblos es comprar sólo lo vendido de Estados Unidos.

Es de una claridad grande el porvenir que tendremos. No dejemos que nos compliquen los necios el problema. Sencillamene nos esclavizamos a los Estados Unidos y los Estados Unidos siguen en libertad completa para vivir de nuestra condición de factorías. Los necios

dirán que es beneficioso el tratado comercial que nos dé mercado seguro para nuestros productos. Dirán que así vendrá oro seguro y aumentará el poder adquisitivo de estos pueblos. Engaño simplemente. Los Estados Unidos nos necesitan como campo de explotación y de expansión imperialista. Somos factorías. Ese concepto miserable es el que mueve al Departamento de Estado a organizar su diplomacia para que ate a estos gobiernos a tratados comerciales. Somos factoría para el Departamento de Estado que vive inspirado por la plutocracia yanqui. Y la factoría no puede tratar con nadie que no sea el amo. El quebranto de la industria yanqui se debe a que el amo no ha usado su poder para contener el comercio de naciones con industrias baratas. Juzgó el amo que esas industrias no podrían penetrar a mercados que él ha tenido por cosa propia. Juzgó eso y descuidó la presa. Lo comprende al cabo de cinco años, cuando la producción yanqui ha disminuido por la falta de consumo en las factorías. Busca el motivo de esa notable disminución y al hallarlo en la competencia que están en condiciones de hacer las industrias de naciones extrañas, imagina prontamente el tratado comercial. Es decir, imagina la ruina de estos pueblos.

En el reciente tratado comercial impuesto por el mismo Departamento de Estado a Cuba resulta la industria yanqui favorecida con 426 concesiones. ¿Qué significan esas concesiones? Simplemente que la producción yanqui tiene ahora en Cuba 426 recursos para evitar la competencia de producciones de otros países. La Isla ha quedado reducida a la condición de factoría que tenía cuando rigió la Enmienda Platt. Cuba hace tarifas especiales para 426 productos industriales yanquis. Y al hacer esas tarifas es natural que eleve otras para la mercadería que no sea yanqui. En cambio, los Estados Unidos sólo abren el paso a treinta y cinco productos cubanos. Pero no hay que sonar muy duro lo de productos cubanos. Son cubanos porque es esta nación grande y vigorosa, inteligente y viril, la que los produce. El dolor de millares de trabajadores cubanos hace cristalizar el azúcar y destilar el licor que tiene por ese tratado inicuo tarifas especiales para entrar en los Estados Unidos. Pero ese azúcar y ese licor y todo el tabaco y todas las frutas conservadas que como industria cubana entre a los Estados Unidos no son del cubano, sino de la plutocracia yanqui. La pillería yanqui fué comprando las riquezas de Cuba cuando pudo comprarlas y arrancándoselas al cubano con la complicidad y el crimen de las tiranías estilo Machado, cuando el cubano sufrió persecución y padeció vejámenes. De modo que los productos cubanos que el reciente tratado comercial impuesto a Cuba tarifa bajos para que el yanqui los consuma, son productos del mismo yanqui imperialista. Al cubano le queda la piltrafa que constituye el salario de hambre a que lo tiene esclavizado la compañía yanqui dueña del azúcar, del tabaco, de las frutas. La riqueza es del yanqui nada más. Y esas piltrafas regadas en una población obrera miserable las recoge otra vez el yanqui que puede introducir en Cuba con tarifas bajísimas 426 productos que el cubano necesita. Las recoge y deja miserable y agonizante la población trabajadora que no tiene los beneficios de la competencia. Esa competencia la hacía la industria japonesa, o alemana, o española, o inglesa que podía llegar a Cuba libremente acogida por tarifas aduaneras iguales. Pero como se dió al Departamento de Estado el tratado comercial que la industria yanqui necesitaba para imponerse y reinar en la factoría, la competencia se eliminó y el resultado es mayor miseria para el pueblo cubano. Es decir, a cambio de la prosperidad yanqui el cubano dió su libertad de comercio, le arrancó el Departamento de Estado su libertad de comercio.

Igual cosa quiere hacer con todos estos pueblos de la América nuestra el mismo fatídico Departamento de Estado. Suenan ya atronadores los diplomáticos y piden tratados comerciales a cambio de la introducción de nuestros productos en los Estados Unidos. Si tenemos vigilancia no nos dejaremos sorprender por esos horribles tratados. Considerémoslos en lo que son y no nos engañarán. No perdamos nunca nuestra libertad de comerciar con las naciones que mayores ventajas nos den. Esta libertad es primordial para los pueblos. Cederla es aceptar la condición de factorías a que quiere someternos el imperialismo del Departamento de Estado. Y la factoría es miserable, porque no hay libertad, no hay sino el trato que degrada. Miremos y remiremos estas proposiciones de la diplomacia yanqui instruída por el Departamento de Estado para ligarnos a tratados comerciales. No es posible someternos a esa miseria. El imperialismo yanqui debe encontrarnos en actitud de lucha.

Costa Rica, setiembre del 34.

La apoteosis de una mujer...

(*Viene de la página 164*)

Las obras publicadas por "María Enriqueta" son las siguientes:

Rumores de mi huerto (Poemas).
Rosas de la Infancia (Cinco tomos).
Mirliton (Novela).
Rincones románticos (Poemas).
Jirón de mundo (Novela).
Sorpresas de la vida (Novela).
El secreto (Novela).
Entre el polvo de un castillo (Novela).
Enigma y símbolo (Novela).
Album sentimental (Poesías).
Lo irremediable (Novela).
Cuentecillos de cristal.
El Arca de colores (Novelas).
Brujas, Lisboa, Madrid.
Del tapiz de mi vida.
Fantasía y realidad.

Algunos de estos libros están ilustrados por la misma autora, que es, también, admirable dibujante. Y casi todos han sido editados por la casa Calpe, que es la mejor editorial madrileña.

Le ha tocado, pues, en suerte a "María Enriqueta" oír en vida "la voz de la posteridad". Pocos escritores han conocido esta satisfacción suprema de contemplar su propia apoteosis y de verse en el mármol perdurable. Recompensa merecida de una existencia ejemplar y de una obra admirable. Estímulo para todas las mujeres del mundo que, renunciando a frivolidades miserables y sin salir de su feminidad, se levantan sobre prejuicios postergantes, para imponerse por los arrestos de su talento y de su voluntad. Es así como la mujer se eleva hasta el hombre y hasta humilla su soberbia, sin dejar de ser mujer. No necesita para esto abandonar el hogar y lanzarse a los entreveros de nuestras pasiones. Sacerdotisa siempre del culto familiar, atizadora constante del fuego sacro, tiene allí, en ese templo de su maternidad, ancho espacio para volar. No necesita de los arreos masculinos para ser grande y hasta para sobrepasar la estatura del hombre. No es el lodo de la calle el que agrega quilates a su grandeza. Ella puede serlo todo por el poder de su alma y por los recursos de su corazón...

Desde aquí, desde mi Paraguay, me asocio al homenaje de sus compatriotas.

Y, en estas horas de júbilo para el hogar de mis nobles amigos mexicanos, estoy con ellos y comparto su contento.

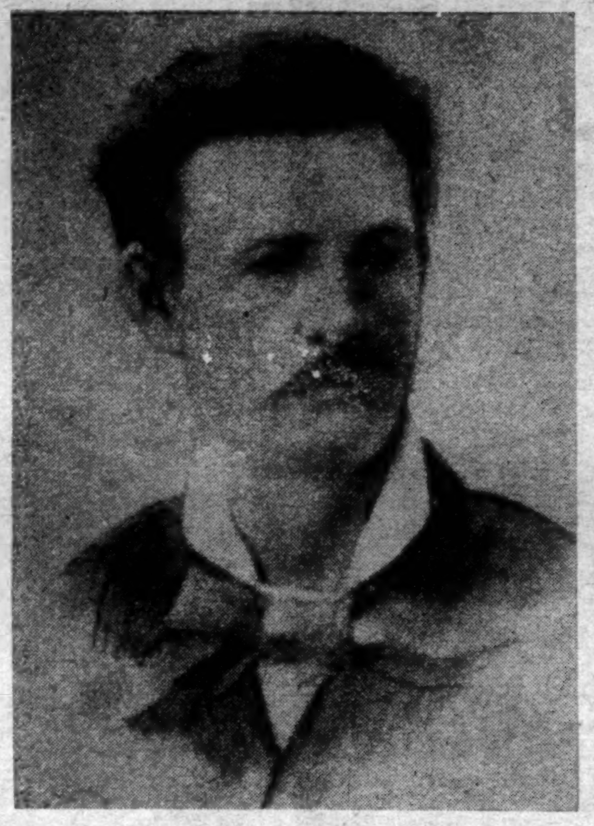
Don Juan Montalvo

Por LEOPOLDO GARCIA-RAMON

= Sacado de *La España Moderna*. Madrid. Edición de febrero de 1889 =

(Véase la entrega anterior)

La vida intelectual sigue necesariamente una marcha paralela. Esta inteligencia, trabajada por el idealismo, enamorada de la belleza, de las cimas enhiestas, de los genios luminosos, que no siente la más mínima curiosidad por los que están abajo, abajo, en los infiernos de la pobreza física y moral; que se apiada del pobre, y le socorre, y le dedica palabras dulces, pero que no le desnudaría para pintar las asquerosidades de su cuerpo y las deformaciones de su alma, encuentra en las exageraciones y ampulosidades románticas algo que refleja su propio ser. Afortunadamente está ya empapado de los clásicos, y sólo se le conoce la influencia francesa en lo extremoso de las imágenes: es pensador, y no olvidará que sin el sostén de los huesos la carne más apretada se desmorona, y sin ideas no vale nada la frase más sonora y escogida; pero los escritores modernos de su predilección, los únicos que prefiere y elogia, han de ser los que están preparados para comprender bien, con ardor de sectario que se afilia en el período de decadencia de una secta. No es crítico; no posee la curiosidad universal, característica del genio crítico, dijo Saint-Beuve: es exclusivo, y sólo puede amar a los que "están en un corazón" con él.



Juan Montalvo

¿Qué es Víctor Hugo para Montalvo?... Oigámosle, pues la apreciación es muy elocuente:

"Víctor Hugo se ha elevado tanto sobre sus compatriotas y sobre el mundo, que su frente está resplandeciendo allá, perdida casi en las nubes. Este anciano prodigioso, maravilla de nuestros tiempos, sonará en la posteridad, así como el viejo Homero hace con su nombre el ruido que asorda las épocas civilizadas y cultas del género humano. Hugo está poseído por una divinidad profética, y echa en grito supremo esas alabanzas, esas maldiciones, esos consejos, esos reproches, esas promesas, esas negativas, con las cuales nos llena de luz o de obscuridad, de gozo o de melancolía, de esperanza o de abatimiento en la senda de la vida, por donde vamos adelante en busca de ese todo, o sea nada, que hallaremos al otro lado de la sepultura. Víctor Hugo, aun en sus delirios inconexos, es sublime; ni puede ser de otro modo cuando Dios es el remate de sus pensamientos y afecciones. Si vuela, es águila; si ruge, león; si se agita, mar, se encrespa, sube en montes; si desciende, es abismo: se obscurece, baja, baja, y envuelto en las tinieblas arroja de allá adentro esas voces que, como rayos que suben, llegan a la tierra ahogadas en luz divina. No hay quien resista su poder: los astros le franquean su fuego; las estrellas le cuentan sus amores; los ángeles hablan con él, rompiendo el universo en viaje invisible para los mortales. Montañas, rocas, desiertos, hucaranes, son sus amigos: con ellos departe, como Byron. Pero ese grande se hace pequeño cuando da vagidos un niño, cuando gime un pobre, cuando se lamenta una desgraciada. Vedle: ya se apea de su trono, y enjuga las lágrimas de los que padecen, y da consuelo a las aflicciones con esa dulce voz de poeta que parece haber nacido sólo para ese humilde santo ministerio. ¿Qué mujer inocente y fervorosa ora como él? qué niña perdida de amor llora como él? qué madre apasionada arrulla como él? qué patriota habla y triunfa como él? qué héroe se dispara hacia la gloria y corre como él? qué sacerdote predica como él? qué profeta amenaza como él? qué pontífice infunde respeto como él? qué juez castiga como él? qué monarca fulgura como él? Brilla como relámpago, estalla como un trueno, declina como tarde, se apaga como crepúsculo, se enlobreguece como la noche, y, foco de obscuridad gloriosa, arroja negros ayes de terrífica armonía. Cuando con su varilla mágica le toca en la frente a la estatua de Enrique IV, yo tiemblo: ese hombre de bronce se mueve, abre el paso, baja de su pedestal, y lento, callado, misterioso, horrible, se pierde en la obscura ciudad, y va hiriendo con sus plantas las losas del pavimento a no sé qué lúgubre conferencia con otras sombras coronadas. Relaciones con las estatuas, quehaceres con la tumba, secretos con la eternidad, todo tiene. Pero si se halla en el campo cuando el sol se va a poner, y la luz está rociando horizontalmente las copas de los árboles, un baño de suave melancolía toma su alma, olvida sus tratos con los espectros y los muertos, y suspira y se queja como persona que oculta pesadumbres en el corazón. Antes de que rompa el alba, es la estrella matutina; a mediodía, sol; de noche, luna inundada de tristeza. Dejad que amanezca Dios: he allí que el ruiseñor se despierta, y se sacude para ponerse en punto, y mira al cielo, y canta en inefable gozo la belleza del mundo, la gloria del Omnipotente". Esta cita es una profesión de fe idealista, en toda regla.

El idealismo impenitente de Montalvo procede también de su aversión al naturalismo francés. Admirador ciego de **Fabiola, El vicario de Vakefield, Clara Harlow, Los desposados, Chactas y Atala**, ¿cómo había de estimar ni comprender la novela naturalista? La llama "monserga atroz", y me escribe un día: Entre usted y yo hay un abismo respecto de los novelistas de París; yo los abomino, y no leo nunca alguna novela de ellos sino para despreciarlos y detestarlos más y más. Dios me guarde de manifestar por estos autores — Flaubert, Goncourt, Zola — una admiración que nunca he podido sentir, y de irme con la corriente de este género de literatura que, por dicha, no ha de pasar a la posteridad". **Nunca he podido sentir:** verdad pura; no **puede** sentirla, no. Su odio, odio verdadero, quita toda lucidez a su juicio. "Me alegro mucho—dice—de que en la América española no sean oídos los nombres de Flaubert, Daudet y Sardou". Como si Sardou fuese naturalista! "No hay protagonista de novela que no se fume doscientos cigarrillos durante la acción" Y cuando con asombro le pregunto dónde, en qué novela está un fumador tan incansable, responde: "En dos páginas que por curiosidad leí una vez del afamado Alberto Delpit, uno de los personajes fumó cuatro cigarrillos". Y pase lo de **afamado,** que también es afamado el empalagoso Jorge Ohnet; pero no pase que Delpit sea naturalista, como no lo son Alejo Bouvier, ni Richebourg, ni el endiablado y fecundo progenitor de esperpentos antiliterarios Xavier de Montepin. A tal extremo conduce a Montalvo su irreflexiva antipatía, que ni la lengua absolutamente hermosa, única, de **Madame Bovary** halla gracia ante sus ojos ni salva a la novela. A ser inquisidor, quemaría con fruición hasta el último ejemplar, para que se cumpliese su fallo de que esta literatura no pasa a los siglos venideros.

Montalvo, en su juventud, se nos aparece ardiente como el clima que le abrasó las mejillas, bondadoso, entusiasta, firme y serio; las amarguras de la persecución, de la calumnia, del destierro, aumentan su severidad y rectitud, calman su entusiasmo, mostrándole difí-

cil lo que imaginaba hecho; regularizan su arrojo, no por miedo al peligro, sino porque es de locos arriesgarse a morir sin beneficio de nadie, y limitan su bondad a los que son dignos de ella. Pero no ceja en su aspiración de infinito; no duda ni un momento de sus compatriotas, ni del hombre, ni del porvenir de su patria, ni del progreso humano. No desconoce el elemento bestial que yace en lo íntimo del ser humano, pero no quiere ver ni enseñarnos más que el ángel. Ha leído a Montaigne, se ha aficionado a él, le debe tal vez la idea primera de los **Siete tratados,** y se le comunica el egotismo del filósofo gascón, que le incita a penetrar a menudo en el secreto de su alma perfumando las páginas con las olorosas flores de su idealismo. Esta introversión le enseña a conocer y a respetar su propia personalidad, y su pulcritud raya desde entonces en absoluta: pulcritud en su persona; pulcritud en su vida pública; pulcritud en su vida privada; pulcritud en las ideas y sentimientos; pulcritud en el estilo que trabaja con ahinco, del que no está nunca satisfecho, que este santo deseo de perfección adorna a veces con sabrosos giros arcaicos, y, con más frecuencia, le hace oratorio, altisonante y poco flúido. Salvo tan ligera tacha, efecto de su escrupulosidad literaria, de su enamoramiento de la forma, todo es en ésta hermoso, valiente, rico, majestuoso—majestad que no excluye a veces la gracia,—de un sabor tan castizo que por él califiqué a Montalvo del primer prosista de la América española contemporánea.

"El hombre, el día que deja las obscuras entrañas de su madre, no es bello; al contrario, algo hay de repugnante en esos miembros ternísimos embarrados de grasas nauseabundas: esa cabeza monda; ese rostro hinchado y peloso; esos ojitos difíciles de abrir; esa movilidad que semeja a una figura de azogue o de cuajada tierna. Pero cuando la luz hiere la retina de esa pupila deslumbrante, el alma se despierta y transpira afuera en resplandores que están sufragando por la inteligencia y las pasiones futuras. El agua limpia el feto convertido en ser exterior y visible, el aire le repele, los días dan firmeza a sus movimientos, y ese como animalejo deforme que nos hubiera causado miedo, es el ente más delicado y simpático que acaricia el mundo ahora, a trueque de hacerle saborear mañana quebrantos y amarguras de la vida. Los poetas orientales dicen no haber sensación más deliciosa en la tierra que el tacto de un niño, y es así: un mamoncito de buena salud, vivo, gordo, blanco, sin más que su camisa de cendal hasta el ombligo, es un espíritu divino que ha tomado la encarnación más propia para el embeleso de los mortales. Lutero tenía conciencia de la belleza y el cariño infantil, cuando describía a su hijo diciendo: "Chupa alegremente el pecho de su madre y mira alrededor". Si ese atrevido sacerdote hubiera observado algo más los hechizos y las seducciones de la infancia, hubiera visto que mientras con la boca está colgado del rico pezón, y con los ojos indaga curioso lo que no sabe si existe, con la manecita está cogiendo del pie, formando un arco, que si no encerrara el circuito de la inocencia, sería realmente el arco de Cupido".

Quien así pinta, no morirá nunca. Esperando su probable traslación a América o su sepelio en la tierra hospitalaria de Francia, clavado entre cuatro tablas está su cuerpo en una bóveda de la iglesia de San Francisco de Sales. Pero su espíritu aletea en sus obras, fresco, chispeante, gozando la juventud eterna de la inmortalidad.

Los que vivimos exclusivamente para las letras, si no de ellas, solemos ser crueles a los ojos de los profanos, y así lo pareceré yo declarando cómo me alegré de que Don Juan Montalvo no saliese airoso en sus pretensiones políticas, pues así toda su actividad intelectual se concentró en la literatura, y salieron a luz los **Siete tratados,** que tal vez no nos hubiera legado su autor si llega a regir los destinos de su patria. ¿Sería más feliz su suerte si llegase a la presidencia del Ecuador? No por cierto. Las persecuciones y el destierro aureolan su cabeza con el nimbo de los perseguidos injustamente; le imponen fecundo sufrimiento que se transforma en filosóficas ideas, en sólidas virtudes. Mucho podía esperarse de su carácter tan entero, tan constante y tan igual al través de los años; ¿pero no se modificaría al ejercer la primer magistratura de una nación con poderes omnímodos? ¿Quién se atreverá a afirmarlo? Nunca entraría en su alma la venalidad, ni la sed de riquezas, ni la venenosa molicie, engendradora de corrupción; pero son tantos y tan insensibles los despeñaderos que rodean la vida del jefe de un Estado, que pocos legan a la historia una figura sin mancha. No tengo tampoco fe completa en la obra de Montalvo como gobernante. Ejemplos antiguos y recientes nos han aleccionado, y es sabido que casi nunca los grandes escritores idealistas son los mejores hombres de gobierno. ¡Era tan ideal, tan compleja y enmarañada la república que soñaba Don Juan! En resumen, yo prefiero su gloria de escritor a su gloria de legislador, y creo más favorables a los destinos de su tierra los libros que compuso que las leyes que hubiera dictado. Todas las Repúblicas americanas se unirán para admirarlo sin que enturbien esa admiración sordos rencores o declarados odios.

Los años y la atmósfera de París habían modificado visiblemente al Montalvo de los treinta y cinco, el de los **Siete tratados.** La pasión política ardía en el fondo de su alma; pero no era ya el fuego vigoroso de la juventud, llameante y amenazadora le envolvían las cenizas tibias de tanto esfuerzo inútil, de tanta tentativa frustrada, de tantas esperanzas desvanecidas. La **Mercurial eclesiástica** suministra indicios de este principio de extinción. El estilo es más sereno; la plenitud no es excesiva, aunque se note siempre que hay en su cerebro plétora de vocablos: sigue firme en sus principios; castiga con valentía, pero sin saña; es el tono mucho más humorístico que el de la **Réplica a un sofista seudocatólico;** es la misma la fuerza, pero suavizada por el aticismo y elegantísima ironía. Aunque en caso de necesidad le sobrarían alientos para la acción, al escribir su mente domina a los arranques súbitos de la fantasía que antes debían de electrizarle, impulsándole a cualquier aventura, siempre que fuera en provecho de sus conciudadanos. Y en los tomos del **Espectador,** el cambio se acentúa. Le nombran senador en su tierra, "a despecho de la ausencia", y don Juan no corre a ocupar su sillón: permanece en París. Si en el fondo conserva resabios optimistas, de ordinario ve más claro, comprende que no han llegado los tiempos en que su país pueda ser modelo de los de Europa. "Cosa rara: todos desean volver a morir en su patria; yo deseo volver a vivir algunos años en la mía, y salir a morir entre cristianos".

El alma de Montalvo es en estos momentos a que me refiero—1887—más amante que lo fué nunca, y no sé, ni aunque lo supiese lo revelaría, si hubo alguna señora mezclada a su existencia por aquel entonces; pero me parece que sí. Vivía solo, en modesta y limpia habitación, trabajando cuando se le ocurría, haciendo "vida de fraile", según murmuraba a media voz, con el perti-

naz y lento dejo americano que tanto contrastaba con la viveza de su estilo; pero ciertas reflexiones y entonaciones al hablar de la mujer y de aventuras galantes, ciertas nimiedades que no prueban nada y que un observador tan poco sagaz como yo toma a menudo por indicaciones, cuando nada indican, me hicieron suponer que acaso la celda se convertía en altar de amores, y el severo escritor leía con gusto el respeto y el cariño en dos ojos que le miraban embelesados, sumisos, obedientes. En lo demás era el de siempre, caracterizado por la pulcritud.

Cuando a mi regreso de España, en setiembre del año pasado, fuí a visitarle, se me oprimió dolorosamente el corazón al comprobar los progresos de la terrible neumonía purulenta que le consumía. Le consideré perdido. Llevaba en el costado una herida que a propósito mantenían abierta los médicos; habían practicado en su garganta una operación difícil y dolorosa; y a pesar de todo, ¡qué limpieza la de su ropa interior! ¡Con qué afán arreglaba los puños de la camisa de dormir para ocultar sus pobres muñecas! ¡Cuánto agradeció a mi mujer que consintiese verle así, sin afeitar, despeinado, hecho una ruina! Luchaba con rabia contra la enfermedad: no creía morir. Pocos mueren convencidos de que sea llegado su último momento, y en ninguna tanto como en esta ocasión nos miente la esperanza, zumbando a nuestros oídos: "Peor estuvieron otros y no murieron—no es el caso tan extremado;—a mal andar milagros mayores hizo el Señor!" ¿Recordaría Montalvo estas palabras de Montaigne?...

Se convenció al fin, en vísperas de su muerte, acaecida el 17 de enero último. ¿Y cuál fué su rasgo final, la postrer manifestación de su voluntad? Ordenó a la muchacha que le servía y cuidaba con adhesión casi filial, que, tan luego como cerrase los ojos a la luz, le vistiese su mejor camisa de batista, sus botas nuevas, su más fino pantalón negro, un chaleco abierto y el fràc, como para ir de baile. Ya cadáver, quería agradar y no espantar a los que fuesen a verle, conservando en la rigidez de la muerte la misma pulcritud que en la flexibilidad de la vida. ¡Así bajó a la tumba, en traje de etiqueta, el gran escritor, el pensador don Juan Montalvo!

¿Deja algunas páginas inéditas? En el **Ensayo de imitación de un libro inimitable o capítulos que se le olvidaron a Cervantes,** decía: "Este como libro está compuesto; sepa yo de fijo que es obrita ruín y no la doy a la estampa". Hagan los cielos benignos que su familia no se meta en averiguar las excelencias o ruindades de la obra; y si ella existe, aunque sea incompleta o esté por limar, que tenga el acierto de publicarla cuanto antes para solaz de los que nos honrábamos con la amistad del muerto e incondicionalmente le admirábamos.

París, 15 de febrero de 1889.

Ante la Vida

= Traducción de Fernando Araujo. En *La España Moderna.* Madrid, agosto, 1904. =

Enfrente de la Vida ruda y feroz se hallaban dos hombres desengañados.—¿Qué esperáis de mí?—les preguntó.

Y uno de ellos habló, con voz cansada:—La crueldad de tus contradicciones me parecía irritante; mi espíritu se esfuerza en vano por penetrar el sentido de la existencia, y mi alma está invadida por las tinieblas de la incertidumbre. Mi razón me dice, sin embargo, que el hombre es el sér más perfecto de la creación...

—¿Qué me reclamas? — interrumpió la Vida, impasible.

—Quiero algo de felicidad. Y para ello es preciso que concilies los dos principios opuestos que se reparten mi alma, y que pongas de acuerdo mi "quiero" con tu "debes".

—No tienes más que desear únicamente lo que debes hacer por mí—respondió duramente la Vida.

—No, yo no puedo desear ser tu víctima. Yo, que quisiera dominarte, estoy condenado a vivir bajo el yugo de tus leyes. ¿Por qué?...

—Hablad con menos énfasis—dijo el que estaba más cerca de la Vida. Pero, sin atenderle, el otro prosiguió:

—Quiero tener el derecho de vivir en armonía con mis aspiraciones. No quiero ser ni el hermano ni el esclavo de mi prójimo por deber; seré su hermano o su esclavo a mi gusto, sin obedecer más que a mi sola voluntad. No quiero que la sociedad disponga de mí como de una piedra inerte que ayuda a edificar las prisiones de su dicha. Soy hombre, soy alma, soy espíritu, y debo ser libre.

—Detente—dijo la Vida con fría sonrisa.—Has hablado mucho, y todo lo que pudieras añadir lo sé de antemano. ¡Pides tu libertad! ¿Y por qué no la ganas? ¿Entabla conmigo la lucha! ¡Sé victorioso! Conviértete en mi amo, y yo seré tu esclava. Bien sabes con qué placidez me someto siempre a los vencedores. Pero hay que vencer. ¿Te sientes capaz de combatir conmigo para emanciparte de tu esclavitud? ¿Estás seguro de triunfar de mí? ¿Tienes confianza en tu fuerza?

Y el hombre respondió, con aire desalentado:—Me has arrastrado a un conflicto interior con mi propio yo; has aguzado mi entendimiento, que, semejante al corte de una hoja de acero, se hunde en lo más profundo de mi ser, martirizándome.

—Pues habladla con más atrevimiento, y no os quejéis—dijo el compañero, interviniendo.

Pero el hombre continuaba:—Concédame una tregua tu tiranía ¡Oh! ¡Déjame gustar la dicha!...

La Vida tuvo una nueva sonrisa, semejante al brillo frío de los hielos.—Dime —le preguntó:— al dirigirte a mí, ¿exiges o pides favor?

—Pido favor—respondió el hombre como un eco.

—Imploras como mendigo de profesión; pero sábelo, pobre hombre: la Vida no dispensa limosnas. Y luego acuérdate de que un sér libre, sin pedir nada, se apodera por sí mismo de mis dones... Tú no eres más que el esclavo de mi voluntad. Sólo es libre el que sabe renunciar a todos los deseos para consagrarse enteramente a un fin elegido. ¿Me has comprendido?... Y ahora, ¡vete!

El hombre había comprendido, y se extendió como un perro dócil a los pies de la Vida, para recoger humildemente las migajas de su festín.

Entonces la mirada turbia de la Vida feroz se dirigió hacia el que todaví no había hablado, y cuyas pesadas fac ciones parecían llenas de bondad.

—¿Qué vienes a solicitar?—le dijo.

—Yo no solicito: exijo.

—Pero ¿qué?

—¿Dónde está la Justicia? Dámela. Yo sabré tomar en seguida todo.... por ahora no reivindico más que la Justicia. He esperado mucho tiempo, pacientemente sufriendo en la noche sin descanso. He esperado... Pero ha llegado la hora. ¿Dónde está la Justicia?

—Tómala—respondió la Vida, impasible.

Máximo Gorki

Rainol

= Envío del autor =

Ya la noche cercana, Rainol, el filósofo de doctrinas algo platonianas, se paseaba a lo largo de la playa, junto a su amada. En rebaños, las nubes se perdían, ¡allá arriba! Oíase, a la continua, el chasquido de mil y un látigos, en el agua. En ella había naves y aves. Dominaba una estrella en medio del firmamento, circuida de azules transparencias de cristal de Ni-Ging. Rainol dió suelta a sus meditaciones y monologó con ronco acento, mientras su compañera entrecerraba los ojos, quizás en espera de una interior visión:

—Bien, dijo Fouillée: la idea es una fuerza, diviniza, eterniza. Es tal su poder y señorío, que de nuestra condición de gusanos nos convierte en energías angélicas. El objeto de la existencia es el conocimiento. Vale más el Panchatantra que cien minas de diamantes. Creso, ensoberbecido de riquezas, es pobre delante de Sócrates, dador de luz. El oro hace al hombre mundano, arrogante; la idea, por el contrario, le deifica. ¡Saber! ¡Saber! He ahí nuestra misión suprema. La gran lucha. La Sabiduría nos acerca al buen Dios La tierra prolífica; la mar undosa, espejo de la gala y pompa del mundo; el espacio sembrado de maravillas y de arcanos; son regidos por la Idea Bienaventurada, y al ritmo de su ley se gobiernan, con la misma obediencia con que el fuego seguía a San Martín.

Rainol guardó silencio. Entonces su amada, con una voz que pedía ternuras, le interrogó:

—Por cima del Conocimiento, Rainol; ¿no está el Amor, cifra y finalidad y frenesí de la Vida?

Y al escuchar esto, el pensador, cruzado de brazos, la cabeza sobre el pecho, quedó pensativo ante el vasto mar fosforescente...

Carlos Jinesta

[illegible]

Elogio al árbol...

(Viene de la pág. siguiente)

deja despojar de su rica corteza para darla como alivio a las víctimas de las emanaciones palúdicas de las tierras bajas del trópico y a todos los quemados por el fuego inmisericarde de la fiebre. Y en el infierno amazónico, en donde la tragedia ha tenido caracteres inéditos de espanto, sirviendo de cebo a la incurable codicia del espíritu judaico, da el espeso licor de su sangre, más preciosa que las gomas de Arabia, el caucho irreemplazable.

Si el bambú y la morera constituyen una de las mejores riquezas de los pueblos asiáticos, y del cultivo del naranjo vive en España la gente de la costa levantina, del olivo varios de los pueblos del sur de Europa, y de la exportación de maderas no pocos países del globo, el café es para Colombia más valioso que el oro y más tentador aún de la insaciable ambición humana, que el platino y que la vivida esmeralda.

En mi ciudad nativa hay cuatro ceibas que son la admiración de todo aquel que las contempla. Son cuatro ceibas hermanas plantadas simétricamente, en forma de un cuadrado regular, en el paseo más hermoso del foco urbano. Bajo su espesa bóveda que forma uno a manera de templete triunfal, detiene las miradas del viandante la figura amargada del Libertador que ideó y vació en el bronce Tenerannì. Allí mejor que en ningún otro lugar, vienen a la memoria las estrofas inmortales de Caro:

¡Bolivar! no fascina
a tu escultor la musa que te adora
sobre el collado que a Junín domina,
donde estragos fulmina
tu diestra de los incas vengadora.

....

Inclinando la espada
tu brazo triunfador parece inerme;
terciado el grave manto; la mirada
en el suelo clavada
mustia en tus labios la elocuencia duerme.

Mágico a par de Dante
Teneranni tu vasto pensamiento
renovó, concentró y a tu semblante
dió majestad cambiante,
y a tu austero callar múltiple acento.

....

¡Libertador! Delante
de esa efigie de bronce, nadie pudo
pasar sin que a otra esfera se levante,
y te llore, y te cante,
con pasmo religioso en himno mudo.

En tal lugar acuden a la memoria mejor que en ningún otro esas estrofas, porque la bóveda magnífica de aquel templete único da a ese sitio un aire de atractivo recogimiento patriótico y un poder evocador incomparable.

—

En las modernas cosmópolis se cuida amorosamente el árbol y se acostumbra a los niños a respetarlo y a quererlo. Sus más bellos paseos están adornados por esas columnas naturales que enseñaron a los griegos los secretos de la arquitectura clásica. Todas ellas han plantado bosques que imitan las selvas vírgenes de los continentes inhabitados. Solamente entre nosotros existe un desdén incomprensivo y culpable por el árbol que es un piadoso regalo del Altísimo y una saludable fuente de armonías.

En Colombia, como en otros países, hay un día consagrado a la fiesta del árbol. Como somos excelentes imitadores, hemos copiado esa bella costumbre de tierras de una civilización avanzada. Es usual en tal día sembrar árboles en las escuelas, en las avenidas, en los jardines públicos, pero árboles ay! de los que nadie vuelve a acordarse, pobres árboles que se mueren luego de sed y de abandono, porque nosotros, magníficos teorizantes, olvidamos siempre los modestos menesteres de la práctica cotidiana. Y nuestros niños crecen atiborrados de lindos principios especulativos, cuando no de nocivas doctrinas, pero ignorando cómo se hacen las cosas más fáciles.

Dondequiera que ha habido manos piadosas que siembren y cultiven árboles han tenido que luchar contra el instinto salvaje y destructor de la ineducación ambiente. Nuestro negligente interés por el amor al árbol es apenas un índice de la deficiencia de la cultura de estos pueblos.

Defendamos, loemos, bendigamos el árbol que, según Rette, enseña la cordura y despierta el sentido de la Belleza.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Elogio del árbol

Por ALBERTO CARVAJAL

= Envío del autor. Cali, Colombia. =



Una de las más hermosas manifestaciones de la naturaleza es el árbol; rico presente de Dios a sus criaturas. El nos da sus flores, sus frutos, su savia, su carne que se convierte en muelle lecho, en lujoso o en pobre albergue, en cómodo sillón, en caja mortuoria, en quilla de navío o en alas de pájaro fugaz; nos protege con su sombra benéfica y conforta nuestro espíritu con la alegría de sus flores y la frescura de su aroma. Por eso los hombres le han rendido una especie de culto y se han servido de él, desde remotos tiempos, como un símbolo. Por primera vez aparece en la historia tentando a nuestros padres con la promesa atrayente del fruto prohibido, para convertirse, milenios más tarde, en símbolo de redención en la forma del árbol de la Cruz.

Hay árboles que marcan momentos culminantes en la vida de los pueblos y los hombres: el árbol del Paraíso; los olivos del huerto de Getsemaní; el haya de Vincennes que servía de sala de justicia a San Luis, rey de Francia; el laurel de Virgilio sembrado por Petrarca en la tumba del poeta mantuano; el ahuehuete de "la noche triste", al amparo del cual veló Cortés transitoriamente vencido; el tamarindo de San Pedro Alejandrino, bajo cuya sombra tonificante buscó alivio para sus dolores físicos y morales, el Libertador; el sauce melancólico que pidió Musset para el pedazo de tierra que había de ser su última morada.

En las edades primitivas se sirvieron los hombres de los árboles para levantar a su arrimo los altares a sus dioses.

En los tiempos de Grecia y de Roma había árboles consagrados a las divinidades del paganismo, y aun en nuestros días ellos simbolizan sentimientos, estados físicos y estados de alma; el mirto, el amor; la palma, la beatitud y la victoria; el olivo, la paz; la encina y el roble, la fuerza; el ciprés, el llanto; el laurel, la gloria.

Las diversas zonas tienen sus árboles simbólicos. El pino es el árbol del norte y la palmera flexible y sonora, el árbol de nuestra zona ardorosa.

Los agitadores franceses de 1789 no hallaron, al volcar el trono de los Borbones, un símbolo mejor para sus ideales que "el árbol de la libertad", aquel que había de soltar luego sus victoriosos pendones a la rosa de los vientos, hasta alcanzar a hacer de los viejos imperios absolutos, jóvenes repúblicas o monarquías de instituciones libres y de amable vivir.

El árbol es una aspiración permanente de lo transitorio a lo eterno. Siempre empinado hacia lo alto, como las agujas de las catedrales góticas tiende a elevarse al través de las nubes errantes. Por su tronco asciende el clamor recóndito de la tierra a los cielos, la voz del reconocimiento al infinito Poder y la imploración de piedad para esta pobre humanidad fatua y desgraciada.

Su belleza, grave y sonriente a la vez, es soberana. ¿Qué sería del paisaje sin su indispensable presencia? Basta pensar en los arenales del desierto y en los montes formados por los témpanos polares. Para hacer más atractiva su belleza, es mudable; gusta cambiar, donde la zona se lo permite, su manto de esmeralda del estío por uno deslumbrante de oro en el otoño, para luego cubrirse de armiño en el invierno. Bajo la canícula perenne del trópico, menos voluble, se da el lujo de vestir siempre de verde, y más discreto, nunca muestra a los ojos desolados del transeunte la implorante osatura de su cuerpo desnudo.

Tiene, como los humanos, un corazón; pero su corazón es un corazón más blando y generoso, un corazón que se da íntegro lo mismo al humilde labriego que al gran señor de las ciudades, y retorna con resinas milagrosas, con lluvias de flores o caudales de frutos los golpes del yangüés o los tajos del gladio podador.

Nada hay más dulce que su sombra. Por eso los helenos llenaron los bosques de deidades simbólicas. Pan iba por ellos haciendo sonar los tubos de su lírica zampoña, y amaba coronarse de pámpanos. Ninfas y faunos alegraban, en idílicas leyendas, las florestas. Las aves y las fuentes daban a los árboles las notas de una música que en vano han pretendido igualar los instrumentos fabricados por las manos de los hombres.

En los oasis ofrece el amparo de su copa refrescante al humilde camello y al beduino cansado de las quemantes arenas del desierto; y en las densas agrupaciones humanas, ya se llamen, como antaño, Ninive o Babilonia, o Nueva York o París, como ogaño, tienen para el espíritu y para el cuerpo envenenado por el ambiente de la ciudad, el oxígeno reparador y el abanico tembloroso y atrayente de su esmeraldino follaje.

Sus brazos siempre abiertos para el hombre, lo están en grado igual para los irracionales, y aun para las fuerzas, aparentemente ciegas, de la naturaleza. Las avecillas de Dios y los cuadrúpedos encuentran en el tejido de sus ramas o bajo su piadosa techumbre, el asilo discreto para sus amores y la penumbra acariciadora para el nocturno descanso. El viento halla en las cuerdas vibrantes que sostienen sus gajos, un instrumento dócil para sus melancólicos cantares. Al amor de sus alas protectoras nacen las fuentes, crecen los arroyos y se robustecen los ríos.

En los atardeceres vallecaucanos es grato por su sabor de no sé qué melancólica dulzura, ver descender de los mortiñales de la sierra, bajo el manto aterciopelado de la hora crepuscular, las bandadas de palomas torcaces en busca del albergue tibio de los guásimos y los carboneros que les ofrecen un nido de amor en la llanura; y oír al lado de la envejecida casa de la hacienda, la confusa plática de los coclíes, y los estridentes gritos que de tiempo en tiempo, lanzan a la luna, como ásperas voces de alarma, desde el opulento follaje de la ceiba.

En las márgenes del Cauca, el río paternal que riega con sus aguas fugaces y eternas, una de las regiones más bellas y fértiles de América, se alzan al lado del mango y el cachimbo, el písamo de flores encendidas y el guayabo familiar; el chiminango que retuerce sus brazos en dolorosas contorsiones, y el naranjo cubierto de azahares; la palmera enhiesta que cuando la agita el viento, hace pensar en arrebatadas cabelleras; el sauce llorón que rinde a las ondas su ramaje, y la guadua tropical con su afiligranada fronda que unas veces asume la actitud de la beguina que ora con la cabeza doblada sobre el pecho y otras la del plumón ondeante del casco de un gigantesco mariscal. Todos se disputan el sol, hienden el espacio, y mientras hunden en las entrañas oscuras de la tierra la complicada red de sus raíces lanzan los brazos estilizados que cubre un vello color de esperanza, en un mudo cántico de mística elación a las alturas celestes.

En lo más intrincado de la selva, sobre la curva dominadora del monte, se yergue arrogante el árbol de la quina que sin pena se

(Pasa a la pág. anterior)

Imprenta «LA TRIBUNA»